



Al Excmo. Señor
Conde de Tejada
de Valdosera su
afmo. y respetuoso
amigo

JOYELES BIZANTINOS

El Autor

ANTONIO DE ZAYAS

JOYELES BIZANTINOS

1902

Imprenta de A. Marzo, Pozas, 12

Excmo. Sr. D. Eduardo Benot.

Ilustre y querido maestro:

El presente libro, que con verdadero gusto le dedico, está inspirado y compuesto en el Oriente de Europa.

Lleváronme á aquellas regiones los azares de mi carrera en época curiosa y por demás interesante. A los pocos días de mi llegada á Constantinopla declaró el Sultán la guerra á Grecia, y mi natural afán de aprender, estimulado por esta circunstancia y favorecido por el trato frecuente con los individuos del Cuerpo diplomático á que tenía y tengo la honra de pertenecer, indújome á estudiar las costumbres y el carácter de las razas que componen la población de aquel dilatado imperio y á emborronar algunas cuartillas en que traté de dejar consignadas mis impresiones

y que espero, con la ayuda de Dios, que vean la luz en breve.

Ya estarían probablemente publicados esos apuntes, si mi amor á la poesía no me hubiese distraído en componer estos Joyeles Bizantinos, que me atrevo á ofrecer á usted, confiado en que, aunque tiene conquistados tantos y tan merecidos laureles en toda clase de especulaciones científicas y literarias, no habrá de desdeñar mi humilde ofrenda. ¡Tan seguro estoy del cariño y de la simpatía con que me ha distinguido siempre! Esta estimación personal que he tenido la suerte de merecerle, me ha alentado á escribir estas líneas.

Los cuadros sorprendentes que presentó ante mi vista la Naturaleza en el curso de mi viaje por las costas mediterráneas; los que ante mis ojos desfilaron después en las márgenes del Bósforo y á orillas de la Propóntida; el abigarrado color de las costumbres; la pompa oriental de las ceremonias cortesanas; el vértigo del fanatismo que inspira los ritos muslímicos y el prestigio que

prestan de consuno á los parajes y á los monumentos aquellos la fábula, la tradición y la historia, hirieron tan vivamente mi fantasía que desde los primeros momentos sentí la necesidad de exteriorizar mis emociones y de encomendar á la pluma la tarea de grabar en caracteres permanentes aquellos entusiasmos despertados por espectáculos que, aunque son demasiado bellos para causar impresiones fugaces, corrían peligro, si no de borrarse, sí de brillar algo desvanecidos por la mano del tiempo en el fondo de la memoria.

No fué mi propósito al escribir los versos que á continuación publico componer un libro digno de fijar la atención de los amantes de la poesía; propúseme únicamente hacer á mi manera un libro de viaje semejante á los albums vendidos por los fotógrafos de Pera, que ayudase á mi imaginación á recorrer campiñas y ciudades que habían sabido despertar en mi alma las más puras é intensas emociones estéticas.

Más por instinto que por reflexión, negué la

obediencia á los preceptos retóricos que había aprendido en la niñez y á cuya fiel observancia había dedicado los primeros años de mi juventud escribiendo altisonantes odas al estilo de Quintana; y, aunque, como acertadamente observaba Lord Macaulay, no he logrado averiguar cuáles son las ventajas del número catorce, seguí en esto la rutina al escribir mis sonetos. No fuí tan tradicionalista en punto á la combinación de las rimas y me he permitido una libertad que, además de tener la ventaja de aligerar el oído de la carga abrumadora del machaqueo de los consonantes, proporciona medios hábiles de aumentar la riqueza del léxico rimando palabras que, además de ser propias y características de los países, de las civilizaciones y de las razas que inspiraron mis poesías, tienen un valor fonético no despreciable, ya por las ideas que sugieren, ya por las sensaciones que despiertan.

No se me oculta que muchos de los vocablos que sirven de epígrafe á las poesías de este libro, y varios que en el texto se intercalan, tienen un

carácter tan regional y exclusivo que forzosamente han de parecer extraños ó incomprensibles aun á las personas de vasta cultura que no hayan tenido ocasión de conocer ni de estudiar el país teatro de mis observaciones. Hubiera, sin embargo, creído despojar en gran parte de su colorido y de sus cualidades plásticas á mis humildes versos al prescindir de emplear esos términos exóticos. Para obviar los inconvenientes acarreados por su uso, he insertado el oportuno vocabulario al fin del libro.

No es la tentativa algo osada de dar á las palabras turcas carta de naturaleza en la lengua castellana el único atrevimiento que ha de extrañar al lector del presente libro. Se cometen en él innovaciones prosódicas y se advierten licencias en el empleo de los epítetos y en el deliberado abuso de las asonancias, que tampoco dejarán de ser objeto de discusiones ni de invectivas.

Debo, ante todo, declarar que no creo yo que estén las condiciones eufónicas de la palabra dotadas de tal virtud que sean capaces ellas por sí

solas de sugerir la idea ó de reflejar la impresión que se propone despertar el poeta; pero creo que su combinación atinada puede y debe producir un conjunto que se armonice con los fines que el autor se ha propuesto.

El secreto, para alcanzar esos fines, no podrá jamás sorprenderse mediante la observancia de reglas imposibles de establecer y cuya promulgación sería ridícula. Secreto y misterioso será siempre el poder de la fantasía, y de la inspiración del poeta dependerá únicamente el feliz ó desacertado uso de las licencias que defiendo.

Pero con idéntica serenidad con que reconozco que no es esencial á la belleza de la poesía la adopción de ninguna técnica novísima, por sutil, alambicada y deslumbrante que se presente ante los ojos del artista, afirmo y proclamo el absurdo que envuelve la imposición de tiranías prosódicas y métricas, cuyos defensores pretenden imitar las sublimes y complejas armonías del espíritu con la reproducción de sonidos y compases semejantes al repique de las campanas, al paso

de los regimientos de infantería, ó á la rítmica trepidación de un tren en marcha.

Las escuelas modernas no pueden en mi opinión lisonjearse de haber descubierto un sistema de infalibles resultados para la expresión de las sensaciones ni de las emociones poéticas. Ese sistema no podrá descubrirse jamás, y el que pretendiera haberlo descubierto sería tan loco como el que creyese haber puesto el arte de la pintura al alcance de todos los mortales merced al descubrimiento de la fotografía en colores.

Las Bellas Artes se llaman artes liberales precisamente porque, á diferencia de las artes manuales, esquivan la obediencia á toda reglamentación inflexible.

Los que tienen la desgracia de confundir los conceptos de modo tan lastimoso, adquieren fatal é indeliberadamente una baja idea de la poesía, y fascinados por el brillo y por el desenfado del genio francés, vuelan presurosos á beber la inspiración en el caudal copioso y un tanto turbulento de las obras que él produce, y subyugados

por los atractivos de la moda la confunden muy frecuentemente con la elegancia.

En esta confusión estriban los errores en que incurren los inexpertos innovadores, que se me ocurre designar con el nombre de *silvestres*, fundándome al aplicarles este dictado, más que en el concepto que á mí me merecen, en el que ellos tienen de sí mismos.

Piensan por lo regular que el estudio de los maestros corta los vuelos de la fantasía; se hacen la ilusión de que la suya produce sus frutos espontáneamente y libre de toda esclavitud y no advierten que, lejos de esquivar disciplinas poéticas, vienen á convertirse en serviles imitadores ó en caricaturas ridículas de poetas extranjeros.

Uno de los méritos más preeminentes que resplandece en toda grande obra de arte es el de reflejar la sinceridad con que fué concebida y ejecutada por el artista.

Describir paisajes que no se han visto ó escenas que no se han vivido y cantar sentimientos que jamás se han experimentado, será siempre

por demás arbitrario y falso. Emplear como imágenes bestias y plantas pertenecientes á faunas y floras que el autor no conoce, motivo para el lector de hilaridad y desprecio. Discurrir por épocas de la vida de los pueblos de cuya especial fisonomía no haya adquirido el poeta una idea algo aproximada por el estudio de las obras literarias y artísticas ó por la profunda y meditada lectura de su historia, es arrostrar temerariamente el peligro de incurrir en extravíos y errores sin cuento. Adoptar tendencias y escoger modelos sin otro criterio que el que presta la boga en que se encuentran, expone al autor á pasar plaza de advenedizo por grandes que sean las dotes de su ingenio. Querer á todo trance despojarse del sello nacional, es renunciar irremisiblemente á la personalidad propia y es, en último caso, de gusto tan dudoso, como sería dejar el traje particular para vestir la librea.

Si ser castizo es huir de tales *snobismos*, muy de desear es que el escritor procure ser castizo á toda costa; pero bueno será que se fije, si no

quiere fracasar en el intento, en la diferencia inmensa que existe entre no ir á vestir la musa en los talleres de los modistos parisienses, y empeñarse en que constantemente se engalane con el monjil de las dueñas del siglo XVII.

Si el poeta ha de ser sincero en la elección de los asuntos de sus composiciones, sincero ha de ser también en el empleo de las imágenes que han de hacer resaltar sus pensamientos, y no menos sincero en la dicción que, lejos de estar supeditada á tiranías seculares impuestas por la retórica, debe acòmodarse á los ritmos internos que se producen en el misterioso laborar de la fantasía.

El estudio de los poetas franceses de la segunda mitad del siglo pasado me sirvió para emanciparme de la tutela de las artes poéticas; pero debo declarar, á fuer de honrado, que, en el goce ya de libertad tan legítima, procuré desterrar de mi espíritu la manera peculiar de los poetas á quienes debía tanto beneficio al escribir las páginas que doy á la estampa ahora.

Sincero en la elección de asunto, me he esforzado también por serlo en el modo de tratarlo; y herida mi vista por los fulgores del sol de Oriente, y arrullado mi oído por los ecos que arranca el recuerdo á aquellas regiones encantadoras, sólo he concentrado todas las energías de mi cerebro y toda la potencia de mis sentidos en dar una pálida idea de impresiones y sentimientos, que ojalá pudieran ser por mí reflejados tan fácilmente como serán por mí difícilmente olvidados.

No he de acabar esta carta, querido maestro, sin rogarle que me perdone el *nihilismo* de mis opiniones que, aunque contrarias en parte á las por usted sustentadas con tanta copia de argumentos, en nada pueden menoscabar la admiración que siento por el autor insigne de la *Arquitectura de las lenguas.*

Puede también disculpar este nihilismo, que paladinamente confieso, el deseo de acomodar á la índole exótica de los paisajes, retratos y costumbres que trato de bosquejar en mi libro la manera de bosquejarlos.

La debida armonía entre el fondo y la forma, precepto recomendado y defendido por la antigua escuela de que es usted paladín tan glorioso, me obliga á emplear exotismos prosódicos y métricos para pintar países y usanzas exóticas.

Así, podrá usted lisonjearse de que, si es algo disidente, no es apóstata su constante admirador y cariñoso amigo q. l. b. l. m.,

Antonio de Zayas

Madrid 1.° de Febrero de 1902.

JOYELES BIZANTINOS

EPISODIOS



LA ALHAMBRA

Ya del Alcázar moro no turban los Cenetes
el augusto silencio con voces estentóreas,
ni engalanan azahares sus columnas marmóreas
ni perfuman jazmines sus airosos templetes.

Madrigales no riman ya sus fuentes de piedra
ni cual antes deslumbran sus áureos azulejos,
y en las torres austeras y en los muros bermejos
atrevidas se arrastran las serpientes de hiedra.

Y cuando al dulce aliento del dadivoso Mayo,
de la Luna desciende melancólico el rayo
á descubrir secretos de las sombras nocturnas,

en el Alcázar moro las hurís se dan cita
y divierten unánimes al Genio Nazarita
que á los siglos dirige miradas taciturnas.

EL GENERALIFE

El Rey Silencio viste la túnica de encajes
que con marchitos nardos tejieron las huríes,
y aprende en lira de agua de los mirtos, sus pajes,
historias de gomeles y hazañas de zegríes.

Reclinado en la Silla donde el Monarca Moro
veló el lascivo sueño de la indolente vega,
contempla de la Alhambra ensangrentado el oro
y al Darro que sus plantas con llanto mustio riega.

Y cuando al beso último del día fugitivo,
todo está melancólico, todo está pensativo,
se embriaga el Rey Silencio con silvestres aromas;

oye la serenata que improvisa la fuente
y se duerme, sintiendo que acarician su frente
con tímido aleteo, bandadas de palomas.

SEVILLA

Ostenta la Giralda por cimera del yelmo
un arcángel, custodio de la ciudad hispálica,
que contempla las ruinas de los cerros de Itálica
y las galas nupciales del parque de San Telmo.

Hacia el azul imperio de la cercana Tetis,
los cimientos besando de la Fenicia Torre,
entre olivos y palmas y naranjales corre
con majestad tranquila el Soberano Betis.

A las caricias cándidas de la risueña aurora
y á los adioses tristes del ocaso indolente,
con blanquecinos tules vela sus gracias Flora;

y en la callada noche y en el parlero día,
embalsama los campos y acaricia la frente,
con invisibles alas, la eterna Poesía.

CLAUSTRO

El artífice luna su semblante retrata
en las pálidas fuentes del jardín pensativas,
y en silencio cincela, con buriles de plata,
el orfebre marmóreo de solemnes ojivas.

Por los claustros ungidos de apagados aromas
que del órgano evocan el acorde severo,
apacibles discurren las virgíneas palomas
que su amor inmolaron al amor del Cordero.

Si hay azul en sus ojos, es azul de alegría,
es el azul diáfano de la pura conciencia
que ni alumbra ni dora la sonrisa del día;

y si queman sus rostros fugitivos rubores
son los pétalos rojos que la blanca Inocencia
va con tímida mano arrancando á las flores.

EL VESUBIO

Amante de Parténope, apostado el Vesubio
está á orillas de un lago de irisadas turquesas,
que en cuna de esmeraldas juguetean traviesas
del generoso Febo con el cabello rubio.

En sus plácidos sueños, con garzotas azules
la cimera del yelmo engalana el amante,
y en sus iras tremola su penacho de gules
y recita las cóncavas pesadillas del Dante.

A medida que el fuego de su cólera crece,
la risueña odalisca de pavor se estremece,
y velándose el rostro con las tocas rojizas

que teje del coloso la locura sublime,
las orgías suspende y silenciosa gime
de Pompeya, su hermana, al mirar las cenizas.

VENECIA



El León de San Marcos, dorada la melena
y las alas de bronce por la risa del día,
los siglos pasa inmóvil leyendo Poesía
del azul Adriático en la calma serena.

Su lectura produce abatimiento y pena
y sosegadamente mece la fantasía,
que se duerme arrullada por la melancolía
á que el batir de remos de las góndolas suena.

Los palacios erguidos en cimientos de plata
temblorosos sumergen la verde escalinata
en el cristal que copia la turquesa del cielo;

y, cuando el paso avanza la obscuridad ignota,
Desdémona inocente sobre las aguas flota
y en las tinieblas arden las pupilas de Otelo.

EL PUENTE DE LOS SUSPIROS

Por el canal de plata, que suave el aire riza
y baña las columnas de bizantinos arcos,
por delante del templo de oro de San Marcos
de los remos la góndola al compás se desliza.

En las cornisas viejas de los palacios graves,
que Dux aposentaron, de los Kalifas émulos,
las estrellas derraman sus resplandores trémulos
y suspenden sus nidos cenicientos las aves.

La noche se engalana de raso y pedrería,
del bandolín sereno la apagada armonía
de la brisa difunden los versátiles giros;

un aroma de sueño aletarga el ambiente
y al pasar por debajo del fatídico puente
en su bóveda suenan angustiosos suspiros.

LOS CABALLOS DE LYSIPO

Allí donde las haces del macedón Filipo
turbaron de Bizancio los placeres bucólicos,
la Iglesia de los Santos Varones Apostólicos
ostentó los insignes corceles de Lysipo.

A su sombra lucharon las heresiarcas sectas
é hicieron de las leyes latinas el resumen,
jurisconsultos graves, al resplandor del numen
que por los siglos lóbregos difunden las Pandectas.

Hoy lucen inmutables en dorada basílica
sus arrogantes curvas, su majestad gentílica
que surcó las azules espumas del mar Atico;

Y escuchan las del céfiro suaves barcarolas
que trémulas arrancan á las rítmicas olas
las ondinas que surcan el sereno Adriático.

EL DANUBIO

El Danubio prorrumpe en ondas salutíferas,
emperador augusto de caudalosos ríos
y espejo donde copian los boscajes sombríos
el verdor sempiterno de sus altas coníferas.

En brazos del Euxino humilla su soberbia
y en la del mar ahoga la rítmica armonía
con que arrulló á la fértil región de Rumanía
y á los adustos campos de la infecunda Serbia.

Corra bajo del palio gris del germano cielo
ó bajo el dosel ígneo del rojo sol de Oriente,
siembra al pasar tranquilo de leyendas el suelo;

y, en las aguas azules de las costas ilírias,
cogidas de la mano van sosegadamente
las Hurís y las Venus y las godas Walkyrias.

CRETA

I

Alterna con el verde de la vid de Corinto
el perenne de obscuros olivos seculares
y el azul de los cielos y el cristal de los mares
bañan en luz la ilustre patria del Laberinto.

Un viento muy suave los sembrados agita
que está el sol sazonando con caricias de fuego
y al lado de la cúpula negra de un templo griego
el alminar descuella de una blanca Mezquita.

Cenizas musulmanas bajo mármoles yacen
al pie de unos cipreses á cuya sombra pacen
pacientes ovejuelas el ya marchito acanto

y cerca, enervadoras, las meridianas luces
sobre alfombras de césped abrillantan las cruces
que coronan las tumbas de humilde Campo Santo.

II

Dominando pensiles la cúspide desnuda
de Akrotiri se yergue, y el viento juguetea
con las ondas diáfanas que entran en la La Canea
á demarcar la plácida Bahía de la Suda.

Los que en llanuras fértiles y en abrupto peñasco
del destino supieron resistir los decretos
sin humillar las frentes ante los Dux Venetos
ni ante los orgullosos kalifas de Damasco,

con los silbidos rápidos que lanzan sus ballestas
van apagando indómitos por bosques y florestas
los mortíferos fuegos que encienden los turbantes;

mientras empavesados los navíos de Europa
en las cretenses aguas se mecen, y en la popa
se pasean tranquilos los viejos Almirantes.

ATENAS

El luminoso espíritu de la legión socrática
del Egeo discurre por las risas serenas
y á despecho se yergue de los siglos, Atenas
al pie de las colinas transparentes del Atica.

Por la falda florida de los airosos montes,
cuyas cumbres esmaltan radiantes amatistas,
vagaron áureas pléyades de sublimes artistas
y solemnes ejércitos de inflexibles Arcontes.

En la región diáfana de los aires armónicos
el aliento se aspira de los númenes jónicos
que inmortales hicieron de los vates las huestes;

del Partenón descuella la escultórica Iliada
y las sombras siniestras de la noche callada
los fantasmas evocan de las Furias de Orestes

EL MAR EGEO

El cielo palidece, cuando en el mar tranquilo
se repite la luna y mueren los colores,
y, como canastilla de marchitadas flores,
aparece la patria de la Venus de Milo.

Un eco, cual los ecos de Iliadas y de Eneidas,
arrancan á las risas azules de las olas
las gratas serenatas que escriben con sus colas
en el cristal diáfano, invisibles Nereidas.

La nave boga rauda al beso del Ocaso
mientras la noche borra la cumbre del Parnaso,
que muestra en lontananza sus bellezas confusas;

en las hinchadas velas la blanda brisa gime,
y, evocadas del sueño por el laúd sublime,
eme gen de las ondas las almas de las Musas.

EL HELESPONTO

El que al compás surcaron de las arpas eólicas
azulado Helesponto los héroes argonautas,
á los acordes tenues de las rústicas flautas,
escuchó los arrullos de las danzas bucólicas.

Fatídicos recuerdos de aciagos amoríos
por sus espumas vagan entre hazañas dispersas
de atenientes ilustres y vandálicos persas,
de almogávares fieros y de turcos bravíos.

Al desplegar su túnica el pensativo Ocaso,
desde la cumbre cárdena del excelso Parnaso
al Helesponto bajan los sublimes cantores;

y, oyendo de sus ondas los murmurios cadentes,
engalanan las liras y decoran las frentes
con coronas de lauros y guirnaldas de flores.

LA PROPÓNTIDA

Susurrando las brisas silbidos de serpientes
por las costas resbalan de Estambul cristalinas,
y acarician los rostros de sillares ingentes
que ayer fueron murallas y hoy son gloriosas ruinas.

Con monótono arrullo temblorosos sollozan
en las túnicas pardas de olvidados jardines;
y, ocultándose á intervalos, bulliciosos retozan,
frente á las playas, pléyades de voraces delfines.

Y cuando en la Propóntida la luna ya riela
y una nave se anuncia con su cándida vela,
el silencio murmura del recuerdo el monólogo;

y, en los lomos diáfanos del caballo del viento,
por las aguas arrastra el armiño sangriento
la no vengada sombra del postrer Paleólogo.

FONDOS



AMANECER

El espacio estremece
el cañón con su salva;
la humareda ennegrece
los vestidos del alba.

En las rientes ondas
los remos juguetean
y de Tracia en las frondas
pajarillos gorjean.

Apacigua el sentido
y despierta la mente
de la brisa el silbido
y el frescor del ambiente.

Los regios camarines
parecen de alabastro;
saludan los muezines
la aparición del astro

Escucha el *hamal* tosco
los rituales ruegos;
de Yildiz al kiosco
suben los palaciegos.

Vagan puros aromas
por el espacio azul;
al aire dan palomas
las Torres de Estambul.

Suenan alegres voces
por los *hams* genoveses
y penetran las hoces
por las tostadas mieses.

Pierden ruinas gloriosas
sus lúgubres aspectos;
vuelan las mariposas
y zumban los insectos.

Sus tocados conciertan
las ociosas kadinas
en el harén. Despiertan
las negras golondrinas.

Vanse abriendo las flores
é irguiéndose en el tallo;
se inunda de colores
la Punta del Serrallo.

Y van las melodías
corriendo por los mares,
entrando en celosías,
rozando en alminares.

Y el plácido concierto
que los ámbitos llena,
en las aguas del puerto
perturba una sirena,

ó alegránlo los sones
que arrancan al clarín
los turcos batallones
del cuartel de Selim.

MEDIO DÍA

Cuando el sol se levanta
por detrás de la cumbre,
el azul abrillanta
del cielo con su lumbre.

Yo estoy de un viejo tilo
bajo la inerte copa,
en el valle tranquilo
de Aguas Dulces de Europa,

do aprender me divierte
en leyenda morisca
la fatídica suerte
de una infiel odalisca.

A mi espalda corriendo
entre el césped lozano
va un arroyo escribiendo
la canción del Verano.

El sopor me fatiga
de la verde espesura
y me vence y me obliga
á dejar la lectura.

Me apesadumbro. El día
va subiendo y las flores
en la inmóvil umbría
marchitan los calores.

Y siento, cuando apenas
puedo ya resistirlos,
en las frondas amenas
el cantar de unos mirlos.

El Sol, con los ramajes
deja en rústica alfombra
sobrepuestos encajes
del color de la sombra.

De más rudas labores
disfrutando las treguas,
diviso unos pastores
apacentando yeguas.

Y en áspero sendero
de zarzas circuído
escucho de un cordero
de Anatolia el balido.

El Sol fundir parece
en su candente oro
un árbol que adormece
con sus ramas á un toro

cuyas pupilas hoscas
cierra el sopor al cabo
y se cansa las moscas
de espantar con el rabo.

Duermo. La luz es tanta
que da melancolía.
....
El Almuédano canta
la prez del medio día.

HORA DE SIESTA

La tristeza del día
embriagada de azul,
turba mi fantasía
muy cerca de Estambul.

Y bajo un sol pesado.
en un llano amarillo
ando, ando ofuscado
por un tétrico brillo.

Ni un árbol ni una mata
me dan sombra ó frescura,
y un vapor escarlata
surge de la llanura.

Se yerguen á lo lejos
dudosas las mezquitas
y los cipreses viejos
con sus ramas marchitas.

Ni un soplo de aire mueve
la atmósfera de lumbre,
ni el ropaje de nieve
de la Olímpica cumbre.

El alma está sedienta,
el sentido se embota
y cae el Sol cual lenta
purpúrea inmensa gota.

Una árida pendiente
enroscada, suave,
voy sosegadamente
bajando á paso grave.

Acongojada y mustia
está la musa mía,
y le agobia y le angustia
la esplendidez del día.

Los contornos confundo
de la ciudad Perota;
en el valle me hundo...
mi alma en el valle flota...

Aspiro los olores
de plátanos sombríos,
escucho los rumores
de los pausados ríos.

Soy de las mariposas
agasajado huésped,
me perfumo con rosas
y me tiendo en el césped.

El *tombeki* consumo
en la tibia espesura
y en columna de humo
me remonto á la altura.

Las aves en las frondas
me dan arrullo tierno
y su frescor las ondas
del aurífero cuerno.

Y bebo el cristalino
chorro en fuente abundante,
con viejo peregrino
de verdoso turbante;

y al borde de la fuente
clara, rítmica, quieta,
leer oigo al creyente
el Libro del Profeta;

y en los arrobamientos
de sus pausas tranquilas
veo negros pensamientos
vagar por sus pupilas.

Y, el alma aletargada,
sueño lánguidamente
y espero la llegada
de la luna creciente.

NOCHE



Cuando se va la tarde
y en el Bósforo claro
la luz púrpura arde
del impasible faro,

y los árboles mece
una brisa callada
y la luna aparece
de estrellas escoltada,

y se apaga el acento
que lanza compungido
el Almuédano al viento
al *cherifé* subido,

penetro lentamente
en un azul paisaje
y respiro el ambiente
que perfuma el boscaje.

Y en la falda suave
de un manso montecillo
oigo la aguda y grave
serenata del grillo.

Y cerca de mí siento
debajo de una parra
el cantar soñoliento
de la ociosa cigarra.

Escúchanse rumores
en el Bósforo: son
cantos de pescadores
pescando el espadón.

La noche luminosa,
con pálidos reflejos
embellecen la osa
y los tres astillejos.

El mar es cristalino
y silencioso lago
do se copia el camino
blanco de Santiago.

Mis pupilas se abstraen,
del agua en el sosiego
al mirar cómo caen
las estrellas de fuego,

ó entre quietas umbrías
las luminarias ven
que por las celosías
se escapan de un harén.

Me embeleso, del cielo
contemplando la calma,
y un plácido consuelo
acariciame el alma.

Cual mis pasos, vagando
mis pensamientos van,
y me detengo cuando

el alba está besando
la playa de Emirghian.

Escucho de la playa
el apagado ruido,
me tiendo al pie de un haya
y me quedo dormido.

PAISAJES



EL OLIMPO DE BITINIA

Pirámide más alta que aquellas africanas
que ven nutrirse al Nilo con ríos de Abisinia,
contempla el impasible Olimpo de Bitinia
vagar por la Propóntida á las musas paganas.

No encendió la blancura de sus cumbres agrestes
la sangre que el enojo vertió de Marte aciago
por la gloriosa espada del héroe de Cartago
ó por las flechas rápidas de las tartáreas huestes.

No están para él ocultos catástrofes ni fiestas,
ni alimañas esconden las umbrosas florestas,
ni el mar de los delfines el luminoso rastro;

y cuando el sol los frutos de la tierra sazona,
con buriles de oro esculpe una corona
que del Coloso ciñe la frente de alabastro.

LA ISLA DE PRÍNKIPO

El poeta Misterio improvisa indolente
acordes serenatas del Mármara en las ondas
y de Prínkipo vaga por las fragantes frondas
el alma de las lúbricas bacanales de Oriente.

Suspiros cautelosos exhala la armonía
que en el laúd reposa de la tarde serena
y, por el templo augusto del espacio, resuena
el adiós prolongado del decrépito día.

Del Olimpo la cumbre finge mármol de Paros;
sus trémulas pupilas van abriendo los faros
á las aguas del Bósforo invitando á que corran;

el cielo se engalana con vivos luminares
y de Estambul las cúpulas y esbeltos alminares
del Ocaso á los besos lentamente se borran.

FANARAIKI

Se borran los contornos de los montañas. Corre
murmurador el Mármara. Viene la noche. Suena
leve batir de remos en la rada serena
que lame los cimientos de la avanzada torre.

Sobre alto promontorio que erigen verdes riscos,
al lejos el solemne cementerio cristiano
descuella, de los héroes que el orgullo britano
petrificó en la piedra de graves obeliscos.

La sosegada marcha de las ondas vigila,
nocturno centinela, una roja pupila'
que al encenderse el Faro se abre súbitamente;

todo dormita; y sólo turba el silencio el ruido
del cantar de un barquero, que en su caik tendido,
por el mar arrullado, espera el sol de Oriente.

EL CUERNO DE ORO

El de Estambul solemne de alminares cortejo
y los hams que guardaron en Gálata el tesoro
de la opulenta Génova, en el Cuerno de Oro
las imágenes copian como en azul espejo.

En su margen evoca la claridad del día
el alma de los viejos solares fanariotas,
y á la tarde, batiendo sus alas las gaviotas,
las estrofas componen de inacorde elegía.

De cipreses, al fondo, alineada falange
la mezquita custodia do se alberga el Alfanje
que al árabe Profeta subyugó la Fortuna;

y, entre fuentes labradas por artísfices tocos,
sus cabezas asoman orientales kioskos
á recibir las blancas caricias de la luna.

EL CEMENTERIO

En sus jardines mustios que cipreses festonan,
la Diosa Muerte vela el sueño de sus siervos
y, sacerdotes lúgubres de su culto, los cuervos
cuando llega la noche, *de profundis* entonan.

A sus graznidos roncos, momentáneos temblores
perturban el sosiego de las graves estrellas
y del Príncipe día borrando van las huellas
los escuálidos sauces con tímidos rumores.

Y cuando el sol de nuevo al cenit se levanta,
silenciosa la madre al infante amamanta
junto á tumba de mármol del color de la nieve;

allí el softa se olvida del pesar que le abruma,
y en chibuk ambarino el viejo ocioso fuma
ó el humeante Moka adormecido bebe.

EYUB

Hoy, del culto ferviente de otros días exhausto,
de Eyub el cementerio venerable dormita
y custodia su sueño la secular mezquita
que consagró de todos los Sultanes el fausto.

Allí, bajo la sombra de un plátano frondoso,
de un valiente soldado turco los restos yacen
y, entre encinas y acacias y sicomoros, nacen
verdes mirtos que aroman el eternal reposo.

Lascivas rosas pálidas y rojos alelíes
tapizan los sepulcros de *Ulemas* y *Mufties*
y jazmines la tumba de altanera Sultana.

Y la noche convoca fantasmas y terrores
que desparecen súbitos á los albos albores
que asoman por las cumbres á decir la mañana.

EL PUENTE DE LA SULTANA VALIDÉ

Une de la Sultana Validé á la Mezquita
un ya caduco Puente con la ciudad perota,
y el viento que en los buques el velamen azota
gallardetes y flámulas de colores agita.

Pasan allí mezclados cogullas y turbantes,
vizires y *hamales* que con fardos se abruman,
mientras francos y softas beben el café y fuman
el *tombeki* en los bancos de cantinas flotantes.

El gruñir de las grúas forman discorde coro
con el hervir de barcos que van al Cuerno de Oro
ó á recorrer del Bósforo la superficie amena;

plateadas estelas dibujan los delfines
y ahogando los estruendos de sonoros clarines
el luminoso ambiente atruena una Sirena.

EL MONTE CIAMLIGIA

Impávido soporta del tiempo los estragos
del Ciamligia la cumbre y, por su fértil falda,
del Bósforo descienden á los fingidos lagos
bucólicos aromas y arroyos de esmeralda.

Los ecos repercuten canciones sibilíticas
que arrullan el solemne sopor de los crepúsculos
y evocan las consejas de trágicos opúsculos
é inundan los espacios de remembranzas míticas.

Los rígidos cipreses tejen severas clámides,
de cuyo fondo surgen simbólicas pirámides
que velan el silencio de cristiana necrópolis;

y entre floridos huertos y verdes promontorios,
de múltiples mezquitas los grisientos cimborios
coronan las viviendas de la oriental Crisópolis.

TARDE DE VIERNES

El alma del Oriente con resplandores puros
inflama de Anatolia y Tracia las campiñas
y á sus caricias cálidas brotan perlas las viñas,
y renuevan sus túnicas los olivos obscuros.

Reproducen los ecos con apagados sones,
los murmurios lejanos de los bosques floridos
y, como dulces églogas, se escuchan los balidos
de los blancos corderos de opulentos vellones.

Soñolientas las turcas al pie de los cipreses
ó en las ruinas sentadas de los hams genoveses
los placeres disfrutan que cantó Anacreonte;

sus secretos pesares junto al Bósforo templan,
y el andar de las horas vespertinas contemplan
en la llanura límpida del azul horizonte.

TOURA

De Nitcham Tach descuellan en los altos confines
gigantescos cuarteles de las turcas legiones,
abandonadas fuentes y risueñas mansiones
que circundan y aroman rumorosos jardines.

Por las calles á veces un arrogante albano
rigiendo tronco árabe en su coche conduce
al harén á algún rico palaciego que luce
las insignias que halagan el orgullo otomano.

Los reflejos lanzando de imperiales *maksouras*
se admiran celosías coronadas de *touras*
cuyos signos incendia el sol que lento muere;

y de volar cansado, va á posarse un palomo,
sobre un cartel que dice al creyente: «*Sé como
el Sándalo que aroma el hacha que le hiere.*»

OCTUBRE

Silencioso palacio de helena arquitectura,
más blanco que los pétalos de temprana camelia,
olvidado en las costas umbrías de Rumelia,
del Bósforo respira la aromada frescura.

En las gradas sentado de nívea escalinata
que besa de las ondas el diáfano coro,
envejece vestido de púrpura y de oro
el de rostro aguileño indolente croata.

Acompañan las aves con idilios cadentes
los rumores monótonos de abandonadas fuentes
que el sol al despedirse cubre de escamas rojas;

y cuando ya amorata la tarde el firmamento,
al desigual suspiro del caprichoso viento,
el jardín de amarillo visten las secas hojas.

IMPRESIONES



NOCHE BIZANTINA

Hermosa está la noche para soñar despierto,
para olvidar las hondas pesadumbres del alma,
para ungir los sentidos con la apacible calma
que de los astros vierte el resplandor incierto.

La noche á alzar invita los ojos á la altura
y apaga sigilosa los lamentos terrestres,
mientras aclaman flébiles su majestad obscura
los lejanos rumores de los ecos campestres.

Las cautas brisas hijas de las fragantes frondas
acarician pausadas del Bósforo las ondas,
cuya quietud solemne á divagar convida;

y del Mármara oyendo el murmurio armonioso,
el espíritu entona la canción del reposo
y, olvidando que vive, disfruta de la vida.

SILENCIO

Es de noche. El tranquilo haz del Mármara surca
á la luz de la luna que tras nubes navega,
el transparente espíritu de la bacante griega
junto al fantasma lúgubre de la barbarie turca.

Se oye apenas, cual eco de flébil lira eolia
sobre el agua, del viento galopar al caballo
desde la punta agreste del caduco Serrallo
á las orillas mansas del vergel de Anatolia

Dormido está el paisaje de color de misterio;
los cipreses, custodios del vasto cementerio,
están llorando pálidos fugitivos amores;

y en el ambiente reina un ensueño infinito
que á veces turba sólo con prolongado grito
una errante y lejana tropa de pescadores.

NOCHE DEL BAIRAM

Cuando entre nubes púrpura el Sol queda escondido
de Rumelia en los montes como en ingente tumba,
por los ámbitos sordos de Bizancio retumba
del cañón otomano el solemne estampido.

La noche azul escucha sigilosos poemas
que con los astros riman del Bósforo las ondas,
y de los turcos templos las cerúleas rotondas
altaneras se ciñen radiantes diademas.

Del aurífero cuerno oyen la serenata
los hercúleos navíos, que á los dormidos mares
aparecen clavados por alfanjes de plata;

el Ramadán suspende sus esquivos rigores
y las guzlas entonan indolentes cantares
que acompañan las danzas de los niños amores.

VISITA

Por las rientes costas del Bósforo, sombrías
arboledas se extienden que con hojas tempranas
un yali purifican cuyas blancas ventanas
aparecen cubiertas por densas celosías.

De las guzlas se escapan las suaves armonías
que improvisan las manos de ignotas circasianas
por los calados cedros, y en las selvas cercanas
cantan ocultas aves silvestres melodías.

En un caik dorado por las ondas navega
un Bajá taciturno, apresurado llega
al muelle, lentamente sube los escalones,

dos eunucos que salen humildes á su encuentro
le franquean las puertas misteriosas, y dentro
se interrumpen de súbito de las guzlas los sones

EL RABINDO DE KUSKUNDJU

Más allá de Escutari, del Bósforo de Tracia
á la orilla, en enorme caserón ceniciento,
el Pontífice Sumo del Viejo Testamento
de su sórdida estirpe lamenta la desgracia.

El Korán altas cúpulas, torres el cristianismo
alrededor elevan; y él al cielo interroga
esperando al Mesías que de la Sinagoga
levantará piadoso el terrible ostracismo.

Crecen los sicomoros y las graves encinas
en torno de su albergue que acoge golondrinas
en las cornisas rotas del tejado saliente;

é interrumpe los sueños del parque silencioso
el volar de algún cuervo ó el cantar cadencioso
que conciertan los caños de una olvidada fuente.

LA QUINTA DE AYAS AGAHA

Ayas Agaha entre plátanos de una colina agreste
se recuesta, que el céfiro del Cuerno de Oro orea,
y encierra en jaulas rústicas pájaros de Guinea
y dorados faisanes del Imperio Celeste.

Guacamayos erizan allí el lúcido moño
y el abanico fúlgido abren los pavos reales
y los cisnes resbalan sobre tersos cristales
cuyo azul palidece á la luz del Otoño.

Preside Flora y Fauna un suizo Palacio
guardado por dos negros gigantescos de Nubia
que en sus ojos reflejan las hazañas de Osiris;

y cuando la tormenta vaga por el espacio,
á través de las gotas últimas de la lluvia
sobre las blancas nubes se pinta el Arco Iris.

Á BORDO

Sentado en la cubierta de otomano navío,
entre olorosas frondas y rientes palacios,
cobarde la mirada y los cabellos lacios
va el de rostro de Judas codicioso judío.

Al lado un viejo turco con la mirada triste,
por el edén su vago pensamiento pasea
y una mujer vestida á la moda europea
mira á Estambul lejano que de sombras se viste.

El sol pausadamente al ocaso camina;
en la crujiente falda de altanera colina,
unas pobres mujeres los hijos amamantan;

busca el verde del bosque al azul de los mares,
y antes que los almuédanos pueblen los alminares
su adiós los pajararillos en la espesura cantan.

BECHIK-TACH

La callada avenida de Bechik solitaria
del Bósforo festona los umbrosos confines
y recorre las puertas de *yalis* y jardines
que á la tarde murmuran un rumor de plegaria.

El sol que inunda pródigo de color el paisaje
y los prados risueños de esmeraldas alfombra,
allí teje con vagas filigranas de sombra
sobre el blanco arrecife grises orlas de encaje.

Abigarrados grupos de tapadas mujeres,
del harén olvidando fastidios y placeres,
se pasean sentadas en un lento tranvía;

y sonriente mira un eunuco etiope
á algún doncel gallardo que desata al galope
de su corcel de Arabia la graciosa alegría.

EL PERRO

Arrostra el clima impávido como vetusto roble
y la ciudad vigila que con su prole llena;
su continente es grave, su mirada serena,
y es más que los Ulemas y que los Beyes noble.

Mientras el mozo inútil se consagra al reposo
contemplando el Ocaso por las costas y valles,
él de Estambul recorre las tortuosas calles,
de la higiene otomana polizonte celoso.

Tan sólo en recompensa recibe de su celo
algún golpe asestado por ocioso pilluelo
que así sacude á veces la incurable apatía;

y el perro lame humilde la mano que le hiere,
y pasea y dormita y revuélcase y muere
en el fangoso lecho que le ofrece la vía.

LOS PÁJAROS

En los huertos desiertos de turcos y albaneses
los pardos ruiseñores sus amores murmullan,
en tanto que las tórtolas se acarician y arrullan
en las rígidas copas de los yertos cipreses.

En las dormidas naves se posan las gaviotas
á despedir del día las exámines luces
y en torno de las Siete Torres los avestruces
van midiendo á zancadas los campos rumeliotas.

Do el arte muestra ruinas y primavera galas
se oye trinar cadente, se oye batir de alas
más que la cauta orquesta del céfiro suaves;

y al caer de la tarde y al despuntar del día,
ociosa como un hijo de Agar la fantasía
por el espacio inmenso vaga en pos de las aves.

NARGHILÉ

En vagas reflexiones el Fumador se abisma
en un café del muelle viendo el sol que se pone
y en el cristal del límpido narghilé descompone
al partir, los matices policromos del prisma.

Orla blanco turbante su fez de tintes rojos
y del *tombeki* envuelto en la humareda densa,
¿cómo acertar qué siente, ni presumir qué piensa
á través de las turbias pupilas de sus ojos?

¿Es tal vez un satélite de la *Joven Turquía*
un fanático ulema ó un miserable espía
que recompensa pródigo el Imperial Erario?

¿Saborea ilusiones ó le amarga el hastío?
Ni él lo sabe: y á solas, en medio del gentío
con el humo celebra su coloquio diario.

TESPIK

Con el tespik, el turco sus plegarias murmura
y ostentálo el iluso discípulo de Focio;
sus ambarinos versos, del musulmán el ocio
distraen, al par que halagan del griego la locura.

Del Ramadán monótono en los prolijos días
de las rojas nostalgias del harén es consuelo,
y de imposibles glorias con historiado velo
de los rayahs perturba las ígneas fantasías.

Uniforme y cansado cual las horas dolientes,
apagando energías y encendiendo ilusiones,
es cómplice continuo de la oriental holganza;

arrulla el sueño lánguido placer de los creyentes
y al rumor soporífero de vagas oraciones,
marchita los capullos de la verde esperanza.

TAPIZ

Los polígonos múltiples cuyas líneas extrañas
se combinan anárquicas en la persana alfombra
se pliegan y despliegan á merced de la sombra
que sobre ellos proyectan al vibrar las pestañas.

El toisón de los níveos corderillos hebráicos,
ó el de las cabras ágiles de los montes de Siria,
los colores robando al vivo sol de Iliria,
refleja laberínticos caprichos de mosáicos.

A los ojos contrastes innúmeros afluyen
cuando matices brotan, cuando penumbras huyen
sobre el tapete vívido en columna quebrada;

y el versátil dibujo va apresuradamente
contagiando el cerebro que se embota, y se siente
un vértigo cromático correr por la mirada.

COSTUMBRES



LA PLEGARIA

Aún el sol pulveriza sus rayos y penetra
por la redonda cúpula de la Mezquita Osmana,
do en tapices de hinojos la turba musulmana
de Alá las bendiciones con débil voz impetra.

Como un soplo de brisa, las palabras dolientes
del viejo Imán, á un tiempo doblega las cinturas
de los fieles que, unánimes después, á las alturas
alzan las toscas manos y las sudosas frentes.

A los conjuros místicos de algún numen fanático,
los exóticos gestos y el saludo automático
dan colores sombríos á la sagrada fiesta,

y paralelamente cruzan el templo líneas
de musculosos brazos y de caras broncíneas
que están de un sol de púrpura esperando la puesta.

HARÉN

En el harén orlado de enfermizos jazmines
insípidas y mudas se deslizan las horas
y las hanum tendidas en mullidos cojines
descifran los misterios de las guzlas sonoras.

Contemplando de Armenia aromado el rocío
perturbar de la fuente la diáfana pureza,
en sus ocios entonan la canción del hastío
y en sus danzas dibujan la lasciva pereza.

Esclavas etiópes en pérsica alcatifa
solicitan las vagas caricias de Morfeo,
mientras tristes eunucos á la puerta se tienden;

y á la súbita entrada del ávido Kalifa
en las llamas voraces que levanta el deseo,
de las tristes sultanas las pupilas se encienden.

EL BAÑO

Circundada de rosas y alelíes, la fuente,
en la argentada lengua del cristalino caño
á las hembras arrulla que, descansando el baño,
en cendales envueltas dormitan dulcemente.

Sus penachos tremolan pebeteros armenios
que la esencia diluyen en un vapor de horno
mientras alguna virgen dibuja su contorno
entre tules, y vuelan del deleite los genios.

Con guantes de camello van las esclavas nubias
acariciando bajo trenzas negras ó rubias
esculturales torsos de bronce ó de alabastro;

se oyen los vagos sones de un laúd pensativo
y es tan grande el contagio del reposo lascivo
que del día parece adormecer el astro.

EL CAFÉ

De los cafés mezquinos á las puertas sentados,
sus ocios entretienen los graves osmanlíes
y esperan el momento de gozar las huríes
en los ricos alcázares por Mahoma anunciados.

Rojos fez ostentando, con serena cachaza
los pesares olvidan que sus almas abruman,
y el narghilé policromo aletargados fuman
ó del néctar de Moka saborean la taza.

Ambas piernas cruzadas y el calzado en el suelo
se extasían mirando el azul de aquel cielo
que deleites augura y á quimeras convida;

y á los fallos del Sino inclinando la frente,
las estúpidas horas ven pasar lentamente
en un sueño incoloro convirtiendo la vida.

EL BAZAR

Del Bezestén inmenso al entrar por las naves,
el Kalifa magnánimo de la luz palidece,
y en obscuros recintos el caudal se guarece
de los hebreos ávidos y de los turcos graves.

Entre vivos bordados y entre telas vistosas
del mercader resalta la incurable apatía
y en torno del derroche de alegre pedrería
se detienen pasmadas encubiertas curiosas.

Los yachmaks encapotan las gracias femeniles;
en la verja historiada de los hondos sebiles
de la sed los ardores la muchedumbre apaga;

y algún viejo devoto, con el verde turbante,
apagado los ojos y el andar vacilante
como barco sin brújula, entre las turbas vaga.

LA PUESTA DEL SOL

(ESCENA DEL RAMADÁN)

La tarde cae. Componen una discorde orquesta
apagada, los ecos que del monte descienden,
el compás de los remos que las espumas hienden
de la mar y el sedoso crujir de la floresta.

En un prado ya tienen la colación dispuesta
rapaces que sentados en círculo se extienden
y con sus negros ojos ojerosos pretenden
del sol ensangrentado apresurar la puesta.

De los roncos cañones al oir el estruendo
se levantan veloces y el *pilaf* repartiendo
á un tiempo mismo alegres, sacian la sed y el hambre

Así al fulgor postrero de la marcial metralla
el botín se reparte del campo de batalla
de fatídicos cuervos un famélico enjambre.

LA CALLE DE PERA

A lo largo discurren de la calle de Pera
giaurs, osmanlies y judíos prolíficos;
y cristianas iglesias y palacios magníficos
interrumpen la línea de casas de madera.

Desvencijados coches surcan la humana ola,
sus banquetes husmean los escuálidos canes,
y se mezcla entre túnicas, capotes y caftanes
el feredjé sedoso que la luz tornasola.

Un sirio vende fruta en gran cesto de mimbre
que le agobia la espalda, repiquetea el timbre
de una tienda do expéndense *lukunes* y tabacos

y con soldados turcos y eunucos etiopes,
se rozan los sayales de frailes y de popes
y los trajes exóticos de persas y cosacos.

ENTIERRO ORTODOXO

Va la virgen helena con la frente de lirios
y rosas coronada en un féretro abierto
y detrás entonando funerario concierto
caminan, entre hileras de amarillentos cirios,

tres melenudos Popes, que al vulgo indiferente
angustian con la triste cadencia de sus cantos
y los ojos deslumbran con los solemnes mantos
y litúrgicas galas de la Iglesia de Oriente.

Ven pasar por las calles el sombrío cortejo
un ulema cetrino y un rabino bermejo
que miran con encono las rituales pompas

y desciende de un monte tapizado de escarcha,
á endulzar la amargura de un responso, una marcha
militar que preludian atabales y trompas.

PASEO EN COCHE

Dos árabes caballos arrastran la berlina
que orgulloso conduce un albanés robusto
y que lleva en su fondo arrellanado el busto
envuelto en oro y seda de una gentil kadina.

Del *yachmak* en el borde puestos sus vivos ojos
ven dos negras que humildes van sentadas delante;
y al estribo cabalga un eunuco gigante
de pómulos salientes, tez negra y labios rojos.

El coche entre cipreses de alminarada copa
encamínase al valle de Aguas Dulces de Europa
á aspirar áuras rústicas una tarde de Mayo;

y cuando ya regresa al harén lentamente
á contemplar se para una chinesca fuente
cuya cúpula incendia del sol el postrer rayo.

ARABÁS

Sin envidiar las glorias de Bajás ni de Beyes,
el turco saborea en los campos su idilio
y corona con flámulas su errante domicilio
que arrastran, soñolientos, engalanados bueyes.

Las mujeres, vestidas con feredjés ajados
del azul infinito bajo el solemne techo
dan, ocultos los rostros, á sus hijos el pecho
y escuchan de la tarde los ecos apagados.

Y cuando, moribundo el numen vespertino,
se anuncia por las cumbres del Olímpico Monte
la sigilosa noche con su guzla sombría,

el Arabás lloroso acaba su camino
y se va lentamente vistiendo el horizonte
el cárdeno ropaje de la opaca elegía.

EL BARRIO DE HAS-KEUI

Al Talmud obediente la familia mosáica
arrostra silenciosa injurias y trabajos,
y á la orilla del Cuerno de Oro, sus andrajos
arrastra, siempre dócil á su crencia arcáica.

De la Torre de Gálata la genovesa mole
las miserias contempla de sus casas inmundas,
en cuyas viejas puertas las mujeres fecundas
desaliñadas cuidan la famélica prole.

Los varones solícitos al infiel lisonjean,
por las múltiples calles del Bazar se pasean
y el *batchis* buscan como los podencos la caza;

y, sufriendo mas penas que impúsoles Seleuco,
en su éxodo segundo, intacto el Pentateuco,
á sus hijos enseñan cual blasón de la raza.

POLICHINELA TURCO

Regocijo de viejos, y marchitos donceles
que del harén monótono los fastidios consuela,
Karoguetz gesticula como Polichinela
y se adorna con sarta de vivos cascabeles.

Del celoso otomano la austeridad salvaje
y del cuádruple tálamo las costumbres ariscas,
no rehusan severas á esclavas ni á odaliscas
del muslímico sátiro escuchar el lenguaje.

Inacorde charanga acompaña canciones
y modula los ritmos de extrañas contorsiones
que los eternos ocios alegran torpemente;

y el ademán grotesco y la infame blasfemia,
con el rápido vuelo de terrible epidemia
los cerebros invade de la masa inconsciente.

¡INCENDIO!

¡Janghem Var! roncas voces desaforadas gritan
por la noche en las calles de Estambul solitarias,
y del voraz Vulcano las rojas emisarias
sus ardientes cabellos despeinados agitan.

Se despiertan de súbito los tristes moradores
y al aire libre sacan sus ocultos hogares,
mientras luces fatídicas esclarecen los mares
y los astros envuelven en espesos vapores.

Salvadoras legiones al incendio caminan;
á sus pasos los puentes vacilantes rechinan
de las sombras solemnes perturbando el sosiego;

áureas bombas tremolan sus penachos de plata,
y del humo se ciernen sobre el campo escarlata
aturdidos enjambres de palomas de fuego.

GÁLATA

En Gálata fondean los europeos barcos
que á bordo las riquezas orientales reciben
y los *hams* genoveses orgullosos exhiben
la ennegrecida piedra de sus vetustos arcos.

Por las calles angostas confundidos pasean
solapados armenios y albaneses bravíos,
alemanes y griegos, cosacos y judíos,
y el *caimak* vendedores ambulantes vocean.

El hedor penetrante de grasientos calzados
anuncian otomana patrulla de soldados
que en los fusiles lucen centelleantes hierros;

y cuando el sol se pone y los gritos se apagan
á favor de las sombras crepusculares vagan
silenciosas jaurías de vagabundos perros.

BAZAR DE ESCLAVAS

Levanta frente á frente de la costa de Asia,
del apacible Bósforo en la alegre ribera,
Top-Hané un palacete cual los de Churriguera
do se esconden cautivas vírgenes de Circasia.

Un mercader egipcio los pudorosos tules
ante los turcos sátiros á levantar se atreve
y surgen senos mórbidos y gargantas de nieve
y hechiceros semblantes de pupilas azules.

De las esclavas míseras los cabellos destrenzan
dos eunucos, y ellas tiemblan y se avergüenzan
al ver que se adelanta un comprador tranquilo,

y abrasando sus rostros con la mirada ardiente
osa las manos pálidas pasear insolente
por el torso suave de una Venus de Milo.

MONUMENTOS



SANTA SOFÍA

Amortiguado el oro de su manto radiante
y en hombros de los verdes heraldos de Diana,
atraviesa los siglos la matrona cristiana
sin que el tiempo la insulte ni el destino la espante.

Los escuálidos guardias que le puso el turbante
no le impiden que piense en el áureo mañana,
ni que en arpas azules de cadencia pagana
la Nereida del Bósforo elegías le cante.

Y si al mirar la huella de la sangrienta mano
que descargó implacable el Kalifa otomano
en la faz de la hermosa, avergüénzase el día,

ella sigue ciñendo su cerúlea corona
y, al ejemplo de Cristo, los desdenes perdona,
y las justas venganzas, á los cielos confía.

LA FUENTE DEL SULTÁN HAMET

Festonada de cúficos policromos letreros,
de la ciencia Koránica bizantino rapsoda,
se yergue la gran fuente como indiana pagoda
y en su techumbre esbelta luce combas y aleros.

Sus cúpulas metálicas de luminosas líneas,
de los *sebil* contrastan con la cisterna obscura
y de sus níveas conchas la escultural blancura
con las ricas labores de sus verjas broncíneas.

Apostada á la puerta del antiguo Serrallo,
á su sombra se para algún sirio caballo
que de repletos cántaros carga albanés caduco;

las mujeres sentadas forman tranquilos corros
y la sed apaciguan en los límpidos chorros
un soldado de Siria y un perezoso eunuco

EL PATIO DE BAYACETO

Alegre santuario de la paz y el secreto
do las flores esparcen delicados aromas
es el patio, guardado por bandas de palomas,
de la vieja mezquita del Sultán Bayaceto.

Se oye un rumor de alas vagar por las cornisas
y cual lamentos suenan dentro las oraciones,
mientras hacen los fieles del Koran abluciones
de la fuente soltando las líquidas sonrisas.

A pesar del concurso, todo allí está tranquilo,
todo dice tristeza, todo dice sigilo
y todo la flor vívida de la esperanza seca;

el alma por las sombras del recuerdo se pierde
y un inmóvil anciano con el turbante verde
está gustando á solas su viaje á la Meca.

LA TORRE DE ESTAMBUL

Al despertar callado de la tímida aurora,
sobre nubes la Torre de Estambul se levanta
y el Cuerno de Oro endechas amorosas le canta
embozado en su clámide de vapor incolora.

Guardada por escolta de leves alminares
que dispersados flotan en la blanca neblina,
desde su solio aéreo silenciosa adivina
el verdor de los campos y el azul de los mares.

Y cuando el sol contagia de su hermosura al cielo,
el de vagas penumbras impenetrable velo,
por la noche olvidado al partir, se descorre;

de la dormida tierra la juventud palpita,
el sonido renace y la luz resucita
coronando la ingente majestad de la Torre.

LA SUBLIME PUERTA

Al fondo de una calle tortuosa y desierta,
entre turcos harenes y huertos se encarama,
como olvidado re-to de un gran templo de Brahama,
el dosel curvilíneo de la Sublime Puerta.

Los *touras* policromos que el día tornasola,
por los siglos y el ocio oriental deslustrados,
con las armas defienden dos rcbustos soldados
cuyas líneas delatan su progenie mongola.

Sólo rompe el silencio el andar perezoso
de nn Bajá taciturno ó un Dragoman celoso
que la astucia otomana de burlar trata en vano,

ó de un coche europeo la súbita llegada,
al Visir anunciando la temida embajada
con que amarga sus sueños algún perro cristiano.

EL ACUEDUCTO DE VALENTE

Enlazando las cumbres de gemelas colinas
que en el Cuerno de Oro penetran mansamente,
conserva el Acueducto Imperial de Valente
incólume el recuerdo de las glorias latinas.

Entre obeliscos turcos y cristianos despojos
que perfuman las flores ó carcome la hiedra
como un Hércules alza sus músculos de piedra
y el porvenir arrostra con impasibles ojos.

Dominador del Bósforo, competidor del monte,
ve á través de sus arcos teñirse el horizonte
de morado á la tarde, de azul á la mañana;

y pasar confundidas desgracias y fortunas;
¡y el ardor de los soles y el blancor de las lunas
generosos respetan su majestad pagana!

YILDIZ

De cerro rumeliota en la cima riente,
como nido de buitre gigantesco, descuella
la mole del adusto palacio de la Estrella
do sus años consume el Tirano de Oriente.

Por sus patios, que á fuego doran del sol los rayos,
y perfuman los céfiros de cercanas umbrías,
discurren los eunucos y esconden los espías
bajo sonrisas falsas sus almas de lacayos.

Por el amo y por toda la servil servidumbre,
como un hada maléfica vaga la incertidumbre
que del mañana siempre anubla el horizonte;

y Abdul Hamid, ansioso de sacudir su yugo,
inexorable manda difundir al verdugo
el miedo por los ámbitos del execrado monte.

LA TORRE DE GALATA

Poco importa que el tiempo implacable desole
monumentos latinos de remembranza grata;
que coronando el barrio genovés de Galata,
de un torreón inmenso los recuerda la mole.

Pasaron por sus muros sucesivos los días
favorables y adversos al poder bizantino
y eternos, cual las aguas y vientos del Euxino,
impasibles contemplan pesares y alegrías.

Desde las balaustradas de la alegre azotea
que en derredor la ciñe, el alma se recrea
las paganas rapsodias al mirar en compendio;

y cuando denso el humo sube al cielo abrasado,
en la cónica cúspide alza un turco soldado
el pendón que pregona el cotidiano incendio.

RUINAS



LAS SIETE TORRES

De las rojas tragedias paladín Taciturno,
al licencioso Mármara perdona las injurias,
y ciñendo corona cuajada de centurias,
de Sófocles se calza con el alto coturno.

Al roce de las alas del cuervo del olvido
en su pecho granítico el Terror se despierta,
y fatídicos cantos de Valpúrgis concierta
de la lira del viento con el ronco sonido.

El Dolor violáceo y la negra Agonía
del Tirano divierten la mirada sombría
con los curvos caprichos de fatídica danza;

y entre atrevidas hiedras y acongojados lirios
acumula pesares y refleja martirios
en las verdes pupilas la caduca Esperanza.

LAS MURALLAS

Los que el Mármara rizan fueron gloriosos vientos
que agitando pendones en sangrientas batallas
ayer acariciaron estas mismas murallas
de que hoy con bramar lúgubre socavan los cimientos.

Sus almenas guardaron los Bajás de Tres Colas
el pavor difundiendo por los pechos extraños
y hoy sus negros sillares pulverizan los años
y á lo lejos se pierden á merced de las olas.

Está el cielo impasible, solitarias las ruinas
festonadas de pardos nidos de golondrinas,
que la tarde cobija bajo un dosel bermejo;

las brumas del Ocaso suben pausadamente
y ahogando los suspiros de los ecos, se siente
el batir de las alas de algún tardo vencejo.

LA PUERTA DE ORTA CAPÚ

De los pasados siglos evocación sombría
y de obscuras palomas melancólico albergue,
la decrépita puerta de Orta Kapú se yergue
como símbolo austero de olvidada elegía.

Sus remembranzas llora el azul cristalino
del mar que de Bizancio los confines alfombra.
y en la noche fatídica sus umbrales, la sombra
escarlata atraviesa del postrer Constantino.

En sus rotos sillares el huracán retumba
con prolongado eco de solitaria tumba
y con fragor frenético de sangrienta batalla;

y cuando el sol dilata su imperio refulgente
y del herido dora la taciturna frente,
el Trovador nocturno de las tristezas calla.

LA CISTERNA CONSTANTINA

La claridad curiosa del día azul se interna
y su esplendor diáfano, pulverizado pierde
en los arcos musgosos de terciopelo verde
que entre sombras levanta la secular cisterna.

Jamás hallar pudieron su fin humanos ojos,
y del miedo al conjuro fieros fantasmas brotan
de sus llorosos muros, y por sus aguas flotan
tradiciones siniestras entre humanos despojos.

A hollar sus altas bóvedas y columnatas vino,
después de la romana legión de Constantino,
Godofredo con huestes latinas y tudescas;

y, tras perfidias hórridas y apoteosis vanas,
á través de los siglos permanecen arcanas
del subterráneo templo las visiones dantescas

EL HIPÓDROMO

Del Atmeidan desierto las dormidas arenas
sembraron de amapolas los ciegos gladiadores,
y en él, como en orgía de luces y colores,
danzó la adusta Roma con la elocuente Atenas.

Ya el sol con vivos rayos el Atmeidan no alumbra
que del vigor egipcio conserva los despojos,
y al contemplar su estadio se pasean los ojos
del recuerdo expirante por la vaga penumbra.

¡Qué triste está allí el aire, qué pesaroso el cielo;
con qué rumor sombrío el eco allí se pierde,
con qué cansado aliento se desmaya la brisa!

Y cuando el duende noche enluta el yermo suelo,
á la sombra amparada de su estandarte verde
emite los oráculos la Griega Pitonisa.

LA COLUMNA QUEMADA

El gigantesco torso de piedra amarillenta,
evocando recuerdos de los días felices,
á los siglos enseña las hondas cicatrices
de heridas que la espada le abrió de la tormenta.

De Apolo triunfante la viril hermosura
que lanza por los ojos el germen de la vida,
coronó del coloso la solemne apostura
cual hoy amante besa su majestad caída.

Evocación caduca del Imperio Romano
entre orientales razas arrastra su destierro
y en fúnebre silencio infortunios padece;

y la calma marmórea de su vigor pagano
altanera se viste con loriga de hierro
que el mortífero soplo del olvido ennegrece.

EL FANAR

El Barrio Fanariota, teatro de los prólogos
del drama que la vida devolvió á los helenos,
vióse teñido en sangre de los Cantacuzenos
y en la de los ilustres patricios Paleólogos.

Creció bélica estirpe y brotó prole sabia
al calor luminoso de sus nobles hogares;
y supieron sus hijos engendrar hospodares
adalides del Turco en la indócil Moldavia.

Hoy la tristeza vaga por su recinto exiguo
y ya por los escombros del esplendor antiguo
el encono fanático penetró á sangre y fuego;

un cendal ceniciento los solares alfombra
y van sus moradores á llorar á la sombra
de la morada tétrica del Patriarca Griego.

EL SERRALLO



LA PUERTA DEL SERRALLO

Delante del antiguo Serrallo pintoresco,
del azul se recorta sobre la gasa tersa
el pórtico que ilustra la fantasía persa
con los primores vívidos del cincel arabesco.

En su torno apiñábase el pueblo reverente
mil veces por los altos primates convocado
y él contemplaba erguido por el umbral sagrado
desfilar comitivas de Monarcas de Oriente.

De los vasallos míseros que al Tirano le plugo
con las rojas cabezas dócil iba el verdugo
del Imperial Vestíbulo á ornar las ornacinas;

y los fieles veían con la mirada torva
que feroz inmolaba la cimitarra corva
Ulemas y Vizires y Eunucos y Kadinas.

SANTA IRENE

Á desposarse el Bósforo con el Mármara viene
del antiguo Serrallo frente al parque marchito,
do interrogando impávida al azul infinito
su bizantina cúpula levanta Santa Irene.

Oye arrullos de tórtolas y vuelos de gaviotas
que del mar se conciertan con el murmullo ronco
y cual brazos fatídicos de un esqueleto, un tronco
tiende las secas ramas ante sus puertas rotas.

Los soles de cien años miraron su recinto
en la sangre sagrada de los Kalifas tinto
y del tropel genízaro sintieron las alarmas;

y hoy, con la melancólica paz de los mausoleos,
esconde de pasadas grandezas cual trofeos,
desgarrados pendones y mutiladas armas.

LA PUERTA DE LA SALUD

La gran Puerta labrada en gruesos paramentos
conduce á la morada de los Kalifas nobles
y su umbral, que guardado está por puertas dobles,
el Terror ha sembrado de fatídicos cuentos.

Decoraron sus muros cadáveres de Emires
y en su bóveda, orlada de cabezas de Ulemas,
se oyeron hondos ayes resonar y anatemas
que la cerviz doblaban de insolentes Vizires.

Allí estallar solían motines palatinos
y Padischahs soberbios, á manos de asesinos
perder la diadema y la plácida vida;

y hoy los rotos sillares de sangre ilustre hartos,
vestidos con el verde caftan que los lagartos
y las hiedras le tejen, son de buhos guarida.

EL TESORO IMPERIAL

Con el mirar siniestro de las aves nocturnas
hipócritas sabuesos forman lúgubre coro
y los brazos cruzados, en torno del Tesoro
Imperial, son guardianes de sus inmensas urnas.

Admíranse áureos Tronos y atabales y trompas;
extranjeros pendones y de lauros guirnaldas,
y labrados en perlas y en rubís y esmeraldas,
alfanjes que eternizan las orientales pompas.

En estafermos brillan armaduras radiantes
de kalifas y vestes cuyos níveos turbantes
tienen plumas prendidas por un joyel enorme;

y entre vívidas túnicas consteladas de plata,
de Mahamud centellean sobre fondo escarlata,
los alamares de oro del húngaro uniforme.

EL SEPULCRO DE ALEJANDRO

Jamás los paladines que acaudilló Lysandro,
de los clarines vívidos á los acordes bélicos,
se vieron ensalzados en mármoles pentélicos
cual vénse los satélites audaces de Alejandro.

En la tumba del héroe, anónimos ministros
del cincel, esculpieron las ágiles falanges,
que en triunfo pasearon del Bósforo hasta el Gánges
al son de las cadencias de laudatorios sistros.

Inexorable el tiempo, deslustró los matices
policromos que ornaron en épocas felices
la fúnebre morada del Marte macedonio;

y hoy de ella sólo restan mutiladas estatuas
que del vivir efímero y de sus pompas fatuas,
á las edades brindan solemne testimonio.

EL SARCÓFAGO DE LAS LLORONAS

Libre de alfanjes bárbaros y orientales desidias
de las helenas glorias venerable trofeo,
el de llorosas Vírgenes marmóreo mausoleo,
parece modelado por el cincel de Fidias.

No osaron, ni el Romano de las contiendas púnicas,
ni de las turcas huestes el entusiasmo bélico,
mancillar con sus armas el resplandor pentélico
de los sublimes bustos y las plegadas túnicas.

Vencedora la muerte de hazañas y prodigios,
atravesó inmutable por ruinas y vestigios
coronando de lauros al sanguinario Marte;

y al olvido la tumba gigante desafía
y se yerguen sus Vírgenes llorando todavía
las humanas injurias á las glorias del Arte.

LA PUERTA DE LA FELICIDAD

El Pórtico cubierto de historiada techumbre
que enlaza adornos índicos con labores morunas,
apóyase del Mármara en marmóreas colunas
que ayer contempló absorta versátil muchedumbre.

Genízaros intrépidos veíanse á los flancos
esperar la llegada del temido Kalifa
y á su paso tendiendo una persa alcatifa,
vestidos de oro y púrpura iban eunucos blancos.

Tras el Pórtico un parque brindaba á los amores
kioscos que con zambras de aromas y colores
divertían los tedios de alguna infiel sultana

que, víctima de súbito de la imperial fiereza,
en el mullido césped el cuerpo sin cabeza
mostraba á las nacientes luces de la mañana.

EL KIOSKO DE LA ROSA

Del Serrallo en la triste llanura silenciosa
que unánimes consuelan cipreses seculares,
se levanta el esbelto Kiosko de la Rosa
á respirar las auras de los azules mares.

En sus áureos salones, á aliviar el cansancio
los Sultanes llegaban y á encender los sentidos,
y en su cúpula, orgullo de la turca Bizancio,
nacarinas palomas improvisan sus nidos.

¡Cuán dulce es enervarse allí con los vapores
del *chibuk;* cuán hermoso aspirar los olores
del Moka que efervesce en *safs* de pedrería;

cuán sublime de Mayo disfrutar las mañanas
y á través del follaje que adorna las ventanas
contemplar en los cielos la victoria del día!

LA PUNTA

La Punta del Serrallo, Adalid de Estambul,
en legión de cipreses hasta el mar se adelanta
que del sol bajo el palio centellante, le canta
las estrofas de plata de una sonata azul.

Entre amarillos muros y venerables ruinas,
los kioskos asoman sus dorados almetes
y sus columnas blancas los risueños templetes
do en cojines echadas soñaron las Kadinas.

Evocando el recuerdo de hecatombes remotas,
la noche llega en alas de cuervos y gaviotas
á confundir matices y á matar esperanzas;

El mar su alegre acento cambia en lamento hondo
y van ensangrentadas saliendo de su fondo
las sombras de las víctimas de Imperiales Venganzas.

EL BÓSFORO



EL BÓSFORO

El Bósforo de Tracia que engendra el Ponto Euxino,
entre idílicos bosques de amatista serpea,
y el alma en sus espumas de zafiro aletea
de los Conquistadores del Aureo Vellocino.

Llorando van sus náyades el genio bizantino
y los tristes escombros del pueblo de Judea,
y el fatídico árbol que eternizó Medea
arroja sombras lúgubres en su triunfal camino.

Centenario rapsoda arrastra en su corriente
misterios y epopeyas que el tiempo ha marchitado;
y, al derramar la luna su rayo transparente

en la argentada cúpula y en el vencido muro,
esculpe el epitafio marmóreo del pasado
y estudia los horóscopos azules del futuro.

DOLMA BAGGÉ

La gran mole de mármol, cuyos ricos adorno
son de primores góticos y bizantinos zambra,
profana con prolijos arabescos de Alhambra
de la ateniense Acrópolis los severos contornos.

Allí felices horas Abdul Azis tranquilo
pasó aspirando olores de las rumelias frondas
y copiarse del Bósforo vió en las azules ondas
las anárquicas líneas de enorme peristilo.

Por sus salas pasaron bajás, softas y beyes
á levantar, hollando las islámicas leyes,
sobre el Señor incauto el regicida acero;

y hoy en silencio yace, tan sólo interrumpido
por el Tirano augusto de su corte seguido
que á celebrar acude el *Bairam del Carnero.*

EL PALACIO DE TCHERAGAN

Bajo la azul cortina del transparente espacio,
de opulencias remotas incólume trofeo,
con majestad solemne de regio mausoleo
de Tcheragan descuella el marmóreo Palacio.

En su recinto alivian de Amurat las dolencias
eunucos melancólicos y lascivas mujeres,
que, apurando la copa de eróticos placeres,
del destino ejecutan las fatales sentencias.

Para los vivos muerto, para los muertos vivo
sin noción de las horas, el Augusto Cautivo
á las grises regiones del ensueño se lanza;

y á través del encaje de cautas celosías,
ve pasar la uniforme procesión de los días
que jamás esclarece el sol de la Esperanza.

LA TUMBA DE BARBARROJA

En Bechik-Tach descansa el Arraez coetáneo,
del Teutónico César de Mulhberg y Pavía,
que al eco de su nombre, el terror esparcía
por las risueñas costas del mar Mediterráneo.

Al favorable viento de su velera quilla,
más que del turco alfanje con la cortante hoja,
ahuyentó con su fama y con su barba roja,
cargadas de oro azteca, las naves de Castilla.

En torno de su tumba humilde y solitaria
va algún viejo creyente á elevar su plegaria
al pie de un sicomoro, ya del sol á la puesta;

y del pálido Ocaso con los ecos perdidos,
cual lúgubres responsos se escuchan los graznidos
de los cuervos que acuden de cercana floresta.

EL PALACIO DE BEYLERBEY

En las costas por donde cruzó Darío Hytaspes
del Bósforo de Tracia el cristalino espacio,
de Beylerbey dormita el estival Palacio
de veteados pórfidos y relucientes jaspes.

Rematan sus columnas capiteles coríntios;
reposan sus balaustres en jónicas cornisas,
y á sus estancias llegan las sosegadas brisas
de cedro atravesando dibujos laberínticos.

Arábigos danzares y helenas elegancias
se vieron saturados allí de las fragancias
que esparce el clavel púrpura y la nívea magnolia;

y hoy, de las fiestas báquicas apagado el estrépito,
el viento, de las glorias evocador decrépito,
desciende de las verdes colinas de Anatolia.

EL PROMONTORIO DE AKRINTI

El crepúsculo envuelve al bizantino emporio
los morados pliegues de su túnica bella
y, en la tranquila margen del Bósforo, descuella
el de Akrinti gallardo y umbrío promontorio.

Espumas candorosas decoran sus cimientos
y á sus plantas discurren caiks engalanados
y frívolos veleros que bogan empujados
por las caricias rítmicas de sigilosos vientos.

Se escuchan los rumores de cánticos sonoros
que los yalis esparcen por áureas celosías
y sumen en ensueños fantásticos la mente;

mientras repiten flébiles los altos sicomoros,
con sus verdosas lenguas, las vagas armonías
que vibraron las arpas de los genios de Oriente.

LA TORRE DE RUMELIA

A las orillas mansas en que el marino río
baluarte de Tracia estrecha su corriente,
sobre el umbroso cerro que vió por frágil puente
atravesar las cohortes persianas de Darío,

Entre el olor del pino, bajo el frescor del haya,
de la costa de Europa centinela robusto,
elévase arrogante el Torreón vetusto
del Kalifa Primero de Bizancio, atalaya.

Inconmovible emblema del decadente Imperio,
vigila el que á sus plantas, agreste cementerio,
las cenizas encierra de los Conquistadores

que en triunfo tremolaron la lunada bandera,
y ya recuerda sólo la ninfa Primavera
engalanando el mármol de sus tumbas con flores.

AGUAS DULCES

I

De gigantescos plátanos la aromosa frescura
sosiega los sentidos y, á su penumbra grata,
una ría riente de tembladora plata
del harem las lejanas armonías murmura.

En ella, perezosas las hanums se recrean
y se deslizan lentas en los caiks suaves
y giaours curiosos en silenciosas naves,
con el asombro escrito en la faz, se pasean.

Por las márgenes pasan bandadas femeniles,
y los cansados viejos, en tchesmés y sebiles
cabizbajos contemplan el desmayo del día;

un silencio solemne por los espacios vaga
y, cuando el sol su fuego en las cumbres apaga,
una larga serpiente de cristal es la ría.

II

El ardor de los rayos estivales entibia
el verdor de la selva de plátanos lozana
que el pabellón circunda de la feroz Sultana
que manchaba con sangre su insaciable lascivia.

Allí mancebos cálidos iban secretamente
las femeniles gracias á pagar con ternezas
al Ocaso, y la Aurora miraba sus cabezas
flotar de arroyos límpidos por la mansa corriente.

Las cimitarras pérfidas de impasibles sayones
clavaban en sus puntas incautos corazones
que la víspera ebrios de loco amor latían;

el silencio imperaba por las frondas fragantes
como un fatal augurio, y los tristes amantes
que entraban en el áureo camarín, no salían.

LA BAHÍA DE BEBEK

De Bebek á la rada van serenas é iguales
á expirar las sonrisas del Bósforo de Tracia,
y en sus ocultos huertos, el plátano y la acacia
prestan sombra á la alfombra que tejen los fresales.

Galerías, sus calles solitarias y angostas,
cruzan por historiadas celosías cubiertas
que unen de los harenes las misteriosas puertas
con los *yalis* alzados en las rientes costas.

No se escucha más ruido que el quejido del viento
que, furibundo ó plácido, de los árboles toca
con dedos invisibles la inagotable lira;

los sigilosos pasos de algún can soñoliento
y la oración de un viejo que, el *chibuk* en la boca,
en su mísera tienda vende *lukun* de Sira.

LA ENSENADA DE ESTENIA

Una hojarasca frágil los amplios bosques cubre
y los humildes huertos de los hijos de Armenia,
que á los bordes tendidos de la rada de Estenia
las caricias reciben de los vientos de Octubre.

Floreciente viñedo un vallecillo angosto
de perlados racimos y de pámpanos ciñe
y el lejano horizonte palidece y se tiñe
del color violáceo de las manchas del mosto.

Con los caiks vacíos las ondas juguetean,
harapientos rapaces en la playa vocean,
lanza al aire el Almuédano la ritual palabra,

y en la desnuda cumbre de una infértil colina
se destaca del cielo sobre la gris cortina
la silueta obscura de una rebelde cabra.

LA RADA DE KALENDER

A Kalender acuden á apurar la *mastika*
osmanlís y europeos de la luz al desmayo,
cuando el sol enrojece con fugitivo rayo
el *caïk* presuroso y la veloz *talika*.

El Palacio de Beicos se yergue en una altura
al lejos, circundado de amarillenta tapia,
y los *concks* enfrente de la estival Terapia,
sobre el cielo recortan su esbelta arquitectura.

El espacio se llena de silvestres aromas;
van el nido buscando las torcaces palomas,
y una azogada luna el Bósforo remeda;

y en el cárdeno fondo del tranquilo horizonte,
cual cimera del yelmo de héroe mítico, un monte
los ramajes tremola de su rica arboleda.

EL ÁRBOL DE GODOFREDO

Cuando viste el crepúsculo vespertino el paisaje
con apagada túnica color de violeta,
un plátano gigante que el tiempo audaz respeta
por la penumbra extiende su marchito ramaje.

Plantólo Godofredo del Bósforo á la orilla,
regáronlo con sangre cristianos y muslines
y su austera grandeza embotó la cuchilla
que implacables blandieron los turcos paladines.

Melpómene á sus plantas arrastró el rojo manto
y tremoló altanera el puñal pavoroso
que á través de los siglos hecatombes gotea;

y como negra estatua cincelada con llanto,
entre yertas memorias se levanta el coloso
y su penacho verde por los aires ondea.

EL BOSQUE DE BELGRADO

Verde tamiz que filtra la luz clara del día
sobre monte que rosas silenciosas esmaltan,
entre arroyos que ríen y entre fuentes que saltan,
embalsama los aires de Belgrado la umbría.

No pasaron las hoces por su declive manso
ni el arado en su tierra abrir intentó surcos,
y á su sombra sentados ó tendidos los turcos
las estivales horas dedican al descanso.

Las brisas gimen débiles, silban los ruiseñores;
las violetas despiertan con sus tibios olores
del trovador selvático el no igualado trino;

y el consorcio silvestre de música y aroma
de la callada alberca del Nieto de Mahoma
á perturbar no llega el sopor cristalino.

EL MONTE GIGANTE

En la desnuda costa del Sacro Continente,
Alcázar del Misterio, de los mortales cuna,
alza el Monte Gigante su descarnada frente
que compasivos besan los rayos de la luna.

Turcas hoces talaron sus frondas de esmeralda,
que de idílicos bailes recogieron los sones,
y olvidados se yerguen en su desierta falda,
del Genovés Imperio los caducos blasones.

Cual por sus pies las ondas del Bósforo, los años
indiferentes pasan por su cresta sombría
que bíblicos recuerdos evoca silenciosa,

cuando al caer la tarde los tímidos rebaños
lentamente se alejan con las luces del día
y brilla la mirada de la nocturna diosa.

RETRATOS



LA ODALISCA

I

Cuando el sol decadente con su rostro encendido
á besar de los mares el haz de plata llega
del Bósforo de Tracia por el azul dormido,
en su *caik* voluble la rubia *hanum* navega.

Del *yachmak* encapota con las nítidas brumas
su faz alabastrina que emociones promete,
y de la esbelta nave el pérsico tapete
en las ondas va abriendo abanicos de plumas.

Un eunuco gigante con mirada de Otelo
en sus gestos pretende con estúpido celo
sorprender pesadumbres y adivinar antojos;

y á las tenues caricias de la ninfa pereza,
la imagen incolora de la vaga tristeza
de la hermosa pasea por los lánguidos ojos.

II

El *feredjé* de finas sedas multicolores
cubre negros cabellos ó esconde trenzas rubias
de la *hanum* que, seguida por sus esclavas nubias,
del Bazar laberíntico va á admirar los primores.

Brille el sol triunfante ó esté el cielo cubierto
por nubarrones densos ó por blanca neblina,
el cuerpo desceñido, lentamente camina
con el rostro velado y el quitasol abierto.

Si pasmado ante el brillo oriental de su ropa
á admirarla se para algún galán de Europa,
de contemplar curiosa semblantes extranjeros

que á las negras que lleva de escolta maravillan
la faz oculta vuelve y, tras del velo, brillan
sus ojos cual de nubes á través dos luceros.

EL ULEMA

Al Kalifa se acerca, encorvada la espalda,
el Ulema que apenas á mirarlo se atreve;
son sus ojos de tarde, sus cabellos de nieve
y su *caftan* solemne de color de esmeralda.

En la frente de estatua ostentando el turbante
los solares destellos inconmovible arrostra,
y á las augustas plantas de su Señor se postra
y le besa las orlas de la veste radiante.

Cuando el Bairam acaba, con soñoliento paso,
á contemplar acude el silencioso ocaso
del sol que, al despedirse, ensangrienta los mares;

y pasando las cuentas del tespik lentamente,
á los rayos azules de la luna naciente,
del Almuédano escucha sollozar los cantares.

EL SOFTA

Bajo la alegre bóveda de la blanca mezquita
por Hamet escoltada con los seis alminares,
la tristeza evocando de andaluces cantares,
versículos el Softa ante el Koran recita.

Orla níveo turbante su semblante cetrino
donde apenas el bozo adolescente apunta,
y el *caftan* se recoge cuando los brazos junta,
de hinojos repasando el *tespik* ambarino.

Con una unción que vase en vértigo tornando,
horas tras horas pasa la cintura doblando
para besar el libro que el Edén le promete;

y cuando el sol se pone, sus plegarias termina
y á un café solitario de Estambul se encamina
el *chituk* cotidiano á jugar al chaquete.

EL ALMUÉDANO

A la hora en que el Almuédano al *cherifé* se asoma
recoge el sol su manto tejido con rubíes,
y en alas de la noche acuden las huríes
á escuchar de sus labios las preces de Mahoma.

Es lúgubre su acento, es llanto su armonía,
es rumor de otros siglos, es eco de otro mundo,
como el recuerdo vago, como la fe profundo,
es el sollozo lánguido de la melancolía.

A su acento se postran las selvas florecientes;
es cansado y monótono el rimar de las fuentes,
y del Cuerno de Oro el laúd no resuena;

solicitan las aves el calor de los nidos
y los perros arrostran con dispersos ladridos
de la Musa del Sueño la mirada serena.

EL EUNUCO

Por las calles calladas de Nitcham Tach pasea
el guardián melancólico del honor otomano,
que las líneas valientes de su rostro africano
afemina vestido á la usanza europea.

De sus ojos de esfinge á través, se vislumbra
la nostalgia de goces que nunca gozar pudo;
de ensueños imposibles es el símbolo mudo,
es lirio marchitado en estéril penumbra.

Y cuando los secretos en el harén sorprende
á la tenue cadencia de dulces bandolines,
de las *hanums* envidia la incompleta fortuna;

por las gradas de mármol del palacio desciende.
y en las blancas veredas de los verdes jardines
su negra faz esmalta el azul de la luna.

LOS SOLDADOS TURCOS

A los sones sonoros de broncíneas trompetas
y á los roncos estruendos de tonantes tambores,
destellando en las armas momentáneos fulgores
polvorientos avanzan los invictos atletas.

Dan pesadas pisadas con sus pies de titanes,
son sangrientos sus ojos como rojos crepúsculos,
y en sus brazos hercúleos se dilatan los músculos
en la lid avezados á blandir yataganes.

Del Koran acompañan las purpúreas banderas
y á la voz del Kalifa van con ímpetu ciego
á morir asaltando las contrarias trincheras;

é inflamados los pechos del timbal al rimbombe,
entusiastas contemplan entre nubes de fuego
la fatídica imagen de la horrenda hecatombe.

LOS GENÍZAROS

Del Imperio otomano pretoriana falange,
de escarlata vistieron las verdes alcatifas,
y las altas cervices doblaron los Kalifas
á los golpes titánicos de su ambicioso alfanje.

Cual vendavales líbicos, pudieron sus enconos
encender las pasiones de ulemas y valíes,
abatir á los rudos guerreros osmanlíes
y los cimientos áureos de centenarios tronos.

En vano fué que, cuando sonó su hora prostera,
volcasen valerosos la broncínea caldera
y como tigres ágiles montaran á caballo;

que Mahamud, á los ecos de fatídica trompa,
en humo convirtiendo su legendaria pompa,
orló con sus cabezas la Punta del Serrallo.

EL SERENO

Por Stambul inmóvil pasea lentamente
embozado en las sombras el nocturno vigía,
que del tiempo versátil el rigor desafía,
entornados los ojos, taciturna la frente.

Al compás que improvisan sus pisadas sonoras,
con el férreo remate de la rústica tranca
á las piedras informes de las calles arranca
estentóreos sonidos que difunden las horas.

Sólo turba el silencio del ambiente dormido
de algún can importuno el discorde ladrido
ó del cañón lejano la sonorosa salva,

que en las azules ondas de los mares se pierde,
y de las mansas costas por la alcatifa verde
va solemne anunciando los cortejos del alba.

EL FRAILE

Cubierto con el áspero sayal de San Francisco,
de Gálata discure por el ruinoso puente
el fraile que apacenta humilde y diligente,
as dispersas ovejas del oriental aprisco.

Contrastan con los vivos colores orientales
los apagados tonos de su túnica obscura,
y de su rostro grave la plácida dulzura
con los adustos ceños de los fuertes *hamales*.

Al ver del terso cielo de transparencia idílica
destacarse la cúpula de la inmensa basílica
que profanó del turco el ardor sanguinario,

el cristal de sus ojos ascéticos se vela
y su espíritu amante ver la cúpula anhela
coronada de nuevo por la Cruz del Calvario.

EL POPE

Con el aire indolente del bárbaro etiope
que mutilado y triste en el harén se aburre,
por las costas dormidas de la Tracia discurre,
escuchando el arrullo de las ondas, el Pope.

Alto gorro cilíndrico y el cabello á la griega
recogido, coronan sus negruzcos talares,
y su muda mirada por ensueños navega
como frívolo esquife por quiméricos mares.

No recuerda su gesto ni su vaga apostura
á los héroes ceñidos del laurel del Gimnasio
que del arte emprendieron las sublimes conquistas;

y si ostenta solemne la oriental vestidura
y á celebrar acude al áureo Iconostasio,
las visiones evoca de las sectas sofistas.

EL CÁBALLO ÁRABE

Al viejo Bajá lleva por medio de las turbas
que contemplan absortas pasar los escuadrones,
el árabe caballo que en bruscas contorsiones
de su cuello modela las arrogantes curvas.

Sus ojos se iluminan al són de los clarines;
su nariz dilatada se humedece y se hincha,
aguza las orejas impaciente, relincha,
y los lomos arquea sacudiendo las crines.

Tras las solemnes marchas que anuncian el combate,
dócil al rudo freno y al agudo acicate,
el fragor despreciando de la horrenda batalla,

al escape se tiende; y en el fatal momento
que, erizado de heridas, se desploma sangriento,
aún su cadáver sirve al amo de muralla.

CORTEJOS



SELAMLIK

Pródigo en luces el Sultán del cielo
á recibir al de Estambul se apresta,
y visten trajes de color de fiesta
el mar azul y el floreciente suelo.

La brisa mueve las enhiestas copas
de los pardos cipreses seculares,
y al compás de las bandas militares
al cerro de Yildiz trepan las tropas.

Corre en las venas del muslín la savia
que corrió por sus mirtos y laureles,
y gallardo cabalga en los corceles
de las tribus indómitas de Arabia.

Tirano impera en la Rival de Roma,
y epopeyas anuncia con los ojos
al tremolar los estandantes rojos
emblema de las iras de Mahoma.

Émulos de los nómadas de Hircania
y de las hordas bárbaras de Iliria,
van los ágiles mílites de Siria
y los díscolos Hércules de Albania.

Aterran sus resueltos ademanes
y del orbe despiertan el asombro,
con fusiles mortíferos al hombro
y á la cintura corvos yataganes.

La aguerrida legión del Islamismo
dice á un tiempo barbarie y poesía,
y obscurece su intrépida osadía
el terrible huracán del fanatismo.

Forman los batallones formidables
del taciturno Hamid en la carrera,
y el sol desde su trono reverbera
en altas picas y en lucientes sables.

Al acorde de músicas galanas
que interpretan dulzainas argentinas,
en el fondo de cómodas berlinas
se presentan al pueblo las Sultanas

Envueltas en cendales las cabezas
níveos cual de su tez el alabastro,
dejan sus ojos soñadores, rastro
de pueriles asombros y tristezas.

Y de los coches á las puertas, mudos
van los guardianes del harén en filas,
bajas las frentes, tristes las pupilas,
luengos los pasos y los pies desnudos.

Detrás caminan los Bajás formados
con rojo fez ó caucasiana gorra,
ojos fieros, narices de cotorra,
y vientre y maxilares abultados.

Caminan con talante satisfecho,
la mano en el cortante chafarote,
con la diestra atusándose el bigote
y con fúlgidas placas en el pecho.

El toque agudo del clarín avisa
que sale el Padischah de su Palacio,
y la marcha imperial llena el espacio
que embalsama del Bósforo la brisa.

Ya se acerca el Señor; en su mirada
hay fuego de volcán, sombras de noche,
y al divisarlo en el abierto coche
la multitud le acoge entusiasmada.

Circúndanle gallardos edecanes
que con un sol sobre los rojos petos,
atemperan los ímpetus inquietos
de sus finos y alegres alazanes.

La carroza que aclaman los creyentes,
tirada va por árabes trotones,
ágiles como líbicos leones
y cual la arena del desierto ardientes.

Ya se acerca el Señor: todo el gentío
con estentóreos vivas le recibe,
y en la faz del monarca no percibe
que vaga la sonrisa del hastío.

El sol inciensos desde el cenit quema
que inflama el entusiasmo de las tropas,
cuando luciendo las fulgentes ropas
en busca del Sultán surge el Ulema.

Y de la cima del ingente monte
al mar sereno y al ribazo umbroso,
del Almuédano el canto quejumbroso
inunda de poesía el horizonte.

Y de invisible numen el conjuro,
confunde en un sollozo discordante
con las memorias del ayer triunfante
las hecatombes del mañana obscuro.

DERVICHES

Al acorde ingrato
de anárquica orquesta,
la ola de Derviches
á invadir se apresta
el recinto lóbrego
del viejo *teké;*
donde el pueblo impetra
de Alá los favores,
la mente alumbrada
por turbios fulgores
de audaces quimeras
que engendra la fe.

Lucen altos gorros
de fieltro castaño,
turbantes grisientos,
caftanes de paño
que pieles leonadas

orlan en redor
y en círculo forman
monótona fila,
impasible el rostro,
vaga la pupila,
el paso tardío,
marchito el color.

El Jefe, turbante
color de esmeralda
ostenta, al Oriente
volviendo la espalda,
sentado en el suelo
glosando el Tespik;
y van los Derviches
solemnes y mudos
al són de las preces
haciendo saludos,
como los Ulemas
en el Selamlik.

Al pecho cruzadas
las lívidas manos,
caminan tranquilos,
caminan ufanos;

con aire modesto,
con gran devoción,
y van preludiando
sus místicos bailes,
con las frentes bajas,
cual suelen los frailes
cuando en coro cantan
del órgano al son.

Sus pisadas débiles
acordes y cautas
compasan los sones
de rústicas flautas,
y el cóncavo ruido
del tosco timbal;
y de los Imanes
los ayes severos,
simulan responsos
que monjes austeros
murmuran unánimes
con voz sepulcral.

Haciendo de súbito
bruscos ademanes,
arrojan al suelo

los sucios caftanes,
las túnicas blancas
dejando lucir;
y con pies descalzos
y estúpidos ojos,
abiertas las bocas
los pómulos rojos
se lanzan al baile
tras breve rugir

De roncos timbales
los huecos redobles
oyen los Derviches,
las almas inmobles
erguidas las frentes
los brazos en cruz;
y giran frenéticos
los pobres fanáticos
los trajes en pompa,
los rostros extáticos,
del sol recibiendo
velada la luz.

Aumentan los ímpetus
á cada momento;

se atrofia el sentido,
se cansa el aliento,
los hombres son ruedas
de máquina ruin,
repite la orquesta
su horrible armonía;
los Derviches siguen
su estúpida orgía
en vértigo horrible
de vueltas sin fin.

Las flautas discordes
el tímpano embotan;
los ojos se anublan,
las fuerzas se agotan;
expira el acento,
caduca el vigor,
y van desmayando
los raudos dementes,
que al cabo se paran
regadas las frentes
por hilos copiosos
de ardiente sudor.

El Imán de nuevo

con su voz chillona
versículos lanza,
plegarias entona,
y el bálsamo vierte
que mana el Korán;
de la ingrata música
cesan los sonidos,
y tristes los rostros,
los cuerpos rendidos,
los Derviches pálidos
desfilando ván.

CARAVANA Á LA MECA

Subeá la silla del cielo dorada
el de la luz dadivoso Kalifa,
y la del mar vestidura rizada.
orla del valle la verde alcatifa.

De silenciosos rebaños remedos,
corren los turcos la margen de Euxino
do las mezquitas levantan sus dedos
como la mano implacable del sino.

Finge una inmensa turquesa el espacio
que de los bosques engarzan las copas,
y del altivo Sultán al Palacio
suben resueltas de Albania las tropas.

No más apuesto cabalga en *Babieca*
el Cid al són de los roncos clarines,
que va el Sherif canciller de la Meca
sobre un caballo de díscolas crines.

Siguen ancianos de negras pupilas,
lacios los rostros orlados de armiños,
y van detrás en monótonas filas
ágiles mozos y pálidos niños.

Y los caducos Ulemas é Imanes
bandas ostentan de gro carmesíes,
crujen las sedas de luengos caftanes,
lanzan del pecho fulgor de rubíes.

Nupcias celebran color y sonido,
y al difundirse el estrépito y zambra,
vaga el recuerdo de aromas ungido,
de la mansión de placer de la Alhambra.

Ensalza el sol con epítetos rojos
de los creyentes los mustios semblantes;
todos elevan al cielo los ojos,
todos se adornan con níveos turbantes.

No van á ver los viciosos vergeles
donde brillaron las musas de Aspasia;
van á la patria de todos los fieles,
van á aprender los misterios del Asia.

Van á sentir las caricias de fuego
del huracán que mortífero zumba;
van á cruzar los desiertos, y luego
del gran Profeta á extasiarse en la tumba.

Á contemplar la Potencia Divina
del desierto en el mudo espectáculo,
y en la mezquita á rezar de Medina
de los viejos kalifas oráculo.

Van, de palomas prolífico enjambre,
á remontar por los aires el vuelo,
y ni la sed les detiene ni el hambre,
que les presagia la incuria del suelo.

Junto á los turcos de corvas facciones,
negros caminan de torsos titánicos;
alzan los unos bermejos pendones
ennoblecidos por lemas Koránicos,

Y asnos conducen del diestro los otros,
carga llevando de sobrios manjares,
y van mancebos jinetes en potros
amamantados en sirios aduares.

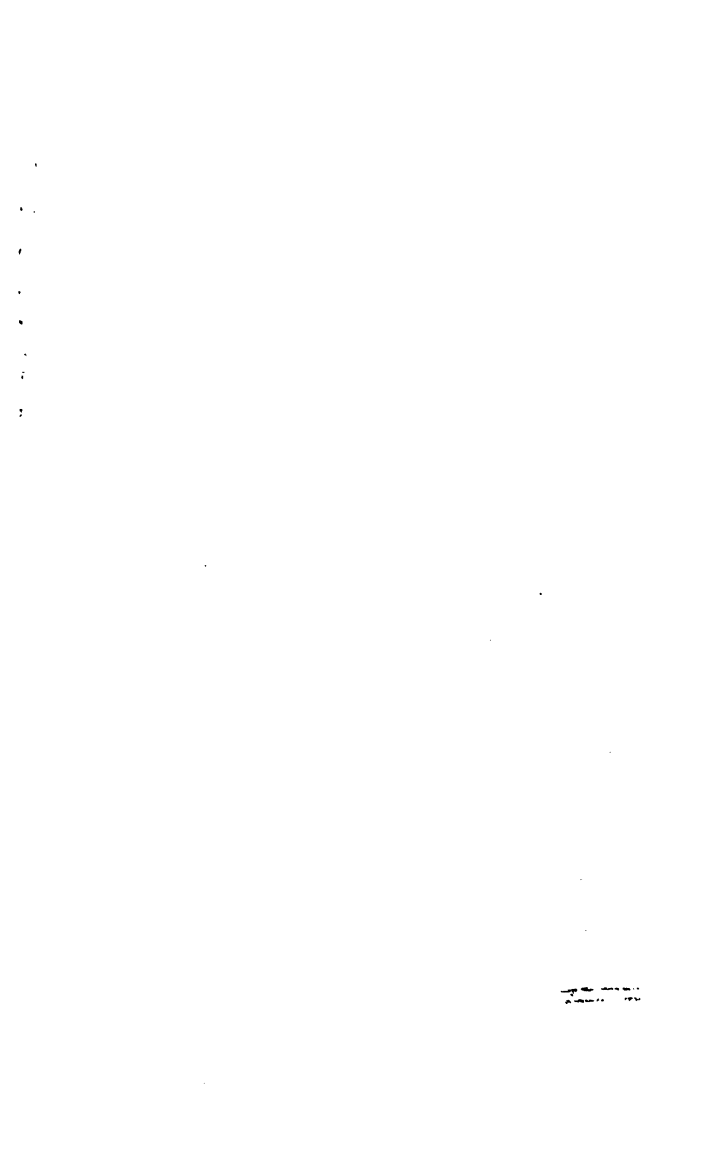
A recibir las islámicas bulas
van á Yildiz con sus rojas banderas;
llevan á lomos de dóciles mulas
ricos presentes y blancas literas.

Cierran solemnes la fiel caravana
pardo tropel de cansados camellos,
interrogando al dudoso mañana
con sus prolijos y lánguidos cuellos.

Sale el Señor del Palacio á la puerta;
radian sus ojos litúrgicas preces,
y á sus conjuros se agita y despierta
la ola de rojos pendones y feces.

Y del clarín militar á los sones
y de las ondas al vago lenguaje,
van de las turbas los doctos Santones
brújula á ser en el santo viaje.

La caravana de vista se pierde,
tibio Favonio del Mármara sopla,
y el Muezin de la túnica verde
lanza á los vientos su tétrica copla.



FIESTA DE LOS PERSAS

El dios Ocaso con adusto ceño
de Mayo mira el pabellón de flores,
antes que venga á convidar al sueño
la luna con sus rayos soñadores.

Bajo el dosel morado que le tiende
el crepúsculo sordo, el ham de Persia,
en su recinto nebuloso, enciende
el volcán de apagada controversia.

Con el mismo furor, con la fe misma
con que en sus templos los Derviches danzan,
los bárbaros satélites del cisma
á la sangrienta saturnal se lanzan.

Símbolo de la fe de sus mayores
se alza el Imán en pedestal de encina,
y orlado de siniestros resplandores,
las sacras preces del Korán fulmina.

Bajo los níveos pliegues del turbante
una mirada de huracán fulgura,
y cual su raza fatalista errante,
vaga en su tez la pálida amargura.

Su agrio mirar y quejumbroso acento
de sus pasiones el furor retratan,
y mil antorchas que despeina el viento
las luces tenues de la tarde matan.

A embriagarse con odios en la fiesta
se agolpan los fanáticos creyentes,
y ahogan los sones de inacorde orquesta
con cavernosos gritos estridentes.

Tremolando el Profético Estandarte
que sus caducas glorias resucita,
como escolta flamígera de Marte,
la muchedumbre al ham se precipita.

Los niños, tonsuradas las cabezas,
cabalgan en corceles cachazudos
á emular las estériles proezas
de los Señores de su adoar membrudos.

No saben dónde van:.. mas van ufanos;
en los pálidos labios la sonrisa,
los fúlgidos alfanjes en las manos,
la voluntad á la de Dios sumisa.

Las vagas sombras del pavor ahuyentan
con la luz de la estúpida ignorancia,
y en inconscientes raptos ensangrientan
las virgíneas estolas de la infancia.

Con las túnicas negras, á los sones
de destempladas trompas y atabales,
los persas en compactos pelotones
evocan las orgías infernales.

Yertos ancianos, cálidos donceles
que del martirio ansían la guirnalda,
con haces de cadenas van crueles
amoratando la desnuda espalda.

Ó con aire solemne se pasean
por el fragor del temporal deshecho,
y con ímpetus locos se golpean
en los hercúleos músculos del pecho.

Ó el entusiasmo aventajar pretenden
de los de Alí fervientes coetáneos,
y con las hojas afiladas hienden
sin vacilar los indefensos cráneos.

Giran en espantoso remolino;
giran y arrastran de su fe la ofrenda...
recorren de su lúgubre destino
la enmarañada y pavorosa senda.

En medio de la horrible algarabía
al son de los discordes instrumentos,
cantando van el funeral del día
y amedrentando á los absortos vientos.

El rojo chispear de los hachones,
el horrible rugir de los creyentes,
del Imán las confusas oraciones,
el choque de las armas relucientes,

La fresca herida que el vigor agota
del viejo débil ó el infante tierno,
la turbia sangre que á raudales brota...
presagian las torturas del Averno.

Sangre los muros por doquier esmalta;
doquier se escuchan ayes angustiosos;
desfallece la luz, el aire falta...
y ¡siguen los combates sanguinosos!

Tiende la noche el asustado velo,
y la siniestra confusión aterra
de la cárdena túnica del cielo
con el purpúreo manto de la tierra.

Y ávida acopia su botín la muerte
en la persa legión desfallecida,
cuando la luna sus tristezas vierte
en el silencio de la mar dormida.

EL BAIRAM

Ya suena en Palacio
el himno sonoro
que satura de vida el espacio:
de Ulemas, Valíes y Beyes el fúlgido coro
espera impaciente que llegue el Sultán;
ya llega altanero
vestido de oro
y arrogante empuñando el acero:
¡ya empieza el Bairam!

En trono opulento de luces cuajado
se sienta el Augusto
Kalifa Osmanlí,
mostrando solemne su espléndido busto
de bandas ornado
y joyas radiantes:
¡Rubíes, topacios, zafiros, diamantes
en campo turquí!

Los vivos del regio capote son rojos,
azul la casaca carmíneo es el fez;
y cual negros carbunclos brillando sus ojos,
denuncian enojos
y fiera altivez,
mientras mudo el cortejo de hinojos
apenas se mueve,
y la vista á fijar no se atreve
del Tirano en la pálida tez.

A su lado, de pie, más inmoble
que una estatua de mármol está
el de rostro profético y noble
anciano Bajá:
el que en sangre de rusos soberbios,

cosacos y servios,
el alfanje glorioso tiñó;
el Héroe creyente
que de lauros eternos y mirtos la frente
por los años marchita y nevada ciñó.

Impasible sostiene y ufano
aurífera cinta
que del Alto Kalifa la mano
se digna tocar;
y en las negras pupilas del viejo se pinta
el negro destino del hijo de Agar.

La Corte en hileras iguales formada,
la cinta sagrada
se apresta á besar,
y del sol con los rayos purpúreos de fuego
dora el traje el servil palaciego
y el arnés el gentil militar.

Los que al frente de intrépida tropa
lucharon del Sabio Profeta de Arabia en honor;
los que hicieron los Tronos de Europa
temblar de pavor;

de los kurdos titanes los nietos
que asolaron los campos de Iliria;
de Bosnia y de Tracia
la bárbara grey;
los adustos soldados de Siria,
los que nunca estuvieron sujetos
á cristiano caudillo ni Rey;
los que saben vencer la desgracia,
los que esconden detrás de sus petos
firmeza y audacia
respeto á su ley,
van formando polícroma hilera
de oro, plata, escarlata y azul
á arrostrar la mirada severa
del altivo Sultán de Estambul.

El Sherif de la Meca venido
con el áureo turbante ceñido
y rico caftán,
en su rostro mulato retrata
la fe con que acata
los Santos Preceptos que esculpe el Korán.

Y detrás, con la barba de nieve,

apenas un paso á dar si se atreve
el Cheik-Ul-Islam
que, la túnica nívea arrastrando
y dolientes plegarias rezando,
va á postrarse á los pies del Sultán.

Los Ulemas le guardan la espalda,
en el suelo clavada la vista,
del semblante perdido el color,
y con vestes color de esmeralda
y caftanes color de amatista,
van mudos diciendo respeto y temor.

Ya al compás de la marcha vibrante
del Kalifa desfila delante
el cortejo que lento se pierde
á lo largo del rojo tapiz;
y los softas de blanco turbante,
los prelados de túnica verde,
los que cruzan los pechos ufanos
con bandas sedosas de vivo matiz;
los jóvenes fuertes, los tristes ancianos,
adoran al Déspota que impera en Yildiz.

El Sultán, cuando lejos los mira,
los saluda con grave ademán;
por los parques la Corte otomana se extiende;
el Sultán de su Solio opulento desciende,
el rumor de las marchas marciales expira
¡y acaba el Bairam!

VOCABULARIO



VOCABULARIO

Aguas dulces.—Paseos que se hallan en las dos orillas europea y asiática del Bósforo. El primero es un valle sombreado por plátanos y sicomoros, por donde pasean en coche bajás, odaliscas y francos los viernes de primavera. El segundo es una especie de canal sinuoso que, brazo del Bósforo, serpentea por un frondoso vallecillo y que surcan en caiks los mismos personajes los viernes durante el estío.

Akrinti burnú.—Promontorio de Akrinti, situado en la parte más angosta del Bósforo, donde es más impetuosa la corriente.

Almuédano.—El que á la salida y puesta del sol y al medio día se sube al cherifé á decir la ritual plegaria: «No hay más que un Dios y Mahoma es el Profeta de Dios».

Arabas.—Especie de carreta arrastrada por bueyes en que los turcos suelen trasladar sus familias de uno á otro paraje, ó bien pasearse por puro recreo.

Atmeidan.—Nombre turco del antiguo hipódromo bizantino situado en frente de la mezquita del Sultán Hamet, en el cual se levantan todavía un antiguo obelisco egipcio, una pirámide formada por sillares de piedra y cubierta en otro tiempo por placas de bronce dorado que arrancaron los Cruzados creyendo que eran de oro; y los restos de la columna serpentina, situada, según la tradición, en el Oráculo de Delfos, y cuya cabeza se conserva en el Museo del Viejo Serrallo.

Ayas Agaha.-Finca de campo del Sultán, sita en la margen del Cuerno de Oro, correspondiente al barrio de Pera.

Bairam.—Especie de besamanos que tiene lugar en el palacio de Bolma Baggé dos veces al año, antes y después del Ramadán. El primero se llama *Seker Bairam* ó Bairam del azúcar, y el segundo *Curban Bairan* ó Bairan del Carnero.

Baja ó Pachá, dignidad cuya categoría está asimilada al grado militar de General de Brigada.

Batchis.—Propina.

Bechik-Tach.—Barrio turco que se extiende por el valle situado entre las colinas de Pera y de Yildiz, y cuya principal avenida corre por detrás de los parques de los Palacios de Dolma Baggé y de Tcheragan.

Beicos.—Palacete del Sultán, situado en la costa asiática del Bósforo en un pequeño montículo, en frente de la rada de Kalender.

Belgrado.—Bosque frondosísimo y accidentado que se extiende en la costa europea del Bósforo, comprendida entre los pueblecillos de Terapia y de Buyukdere.

Bey.—Dignidad equiparada al rango de Coronel del Ejército y que disfrutan los hijos de los Bajás.

Beylerbey.—Gran palacio imperial situado en la costa asiática del Bósforo, enfrente del villorrio europeo de Arnautkeui. Fué residencia de la Emperatriz Eugenia cuando ciñendo aún la Corona visitó Constantinopla.

Bezestén.—Núcleo del gran Bazar.

Caftan.—Especie de abrigo largo y suelto, muy usado por los musulmanes y que suelen orlar pieles y estar hechos con telas de diferentes colores.

Caik.—Embarcación característica del país, larga y

estrecha, de un equilibrio muy inestable y que surca las aguas con gran velocidad.

Caimak.—Especie de helado de leche.

Ciamligia.—Gran monte, á cuya falda, en la costa de Asia se extiende Escutari, coronada por el bosque de cipreces de su gran cementerio.

Columna Quemada.—Vetusto monumento sito en una calle de Estambul coronado en otro tiempo por la estatua de Apolo, cuya cabeza reemplazó Constantino por una escultura de la suya propia. Parece ser que un rayo arrasó la estatua que la remataba y resquebrajó la columna, que permanece unida y enhiesta todavía, gracias á varios círculos de hierro que le fueron puestos á raíz de la catástrofe.

Conak.—Residencia campestre tierra adentro.

Crisópolis.—Nombre griego de Escutari.

Cheik-ul-Islam.—Supremo dignatario del clero musulmán, después del Gran Señor.

Cherifé.—Balcón que rodea el alminar ó minarete, y al cual sube el Almuédano á elevar la plegaria.

Chibuk.—Larga pipa muy usada por los fumadores turcos.

Derviches.—Especie de monjes ó comunidades musulmanas.

Dolma Baggé.—El mayor de los Palacios Imperiales, donde el Sultán Abdul Azis, tío del actual, fué depuesto.

Emirghian.—Tranquila y riente bahía situada en la costa europea del Bósforo.

Eyub.—Lugar situado á la terminación del Cuerno de Oro, en donde se yergue la mezquita que encierra el alfanje del Profeta y que visitan todos los Sultanes para ceñirse el arma secular á su advenimiento al Trono. A la sombra de la Mezquita se extiende un cementerio en donde descansan las cenizas de héroes y altos personajes, y es sagrado para el vulgo.

Fanar.—Antiguo barrio griego situado en la orilla del Cuerno de Oro correspondiente al lado de Estambul, residencia de las quince familias griegas á quienes los Sultanes respetaron después de la conquista y tuvieron á su servicio, especialmente con cargos diplomáticos ó con los de Hospodares de Valaquia y de Moldavia.

Fanaraki.—Faro. Llámase así el situado en la costa de Asia en una lengua de tierra que avanza y marca el límite entre las aguas del Bósforo y las del Golfo de Ismit.

Feredjé.—Gran tela de vistosos ó severos colores,

en general de seda, y que las mujeres musulmanas utilizan tan hábilmente, que les sirve, á un mismo tiempo, para cubrir la cabeza, de cuerpo y de falda.

Fez.—Clásico gorro encarnado con borla negra, que puede calificarse en Turquía de gorro nacional

Fiesta de los Persas.—Extraña y sangrienta ceremonia que los persas celebran anualmente el día 1.º de Moharren, que coincide con los primeros días de Junio, para conmemorar la muerte de Alí, cabeza del cisma que separa á los musulmanes de Persia, de los otomanos.

Francos.—Designa con este nombre el vulgo en Oriente á todos los Europeos.

Galata. Barrio situado al pie de la colina de Pera. Adquirió importancia en tiempo de las Cruzadas porque los navegantes genoveses lo eligieron para hacer escala en sus expediciones á Palestina. Hoy es el centro del tráfico; y su antigua Torre sirve para hacer las señales y dar los avisos en los frecuentes casos de incendio.

Giaour. - Infiel. Nombre con que los turcos designan á los que no son musulmanes.

Ham.—Especie de gran patio común á una manzana, en el cual suelen levantarse á su vez pequeñas

edificaciones y que ofrecen á los viajeros musulmanes que vienen á pasar breves días en la capital, aposentos desamueblados, en donde ellos se refugian é instalan su ajuar ambulante. Ciérranse las puertas de estos *hams* á la puesta del sol.

Hamal.—Cargador del muelle.

Hané.—Sitio, y por consagración de la costumbre, kiosko ó pabellón.

Hanum.—Señora del harén.

Has-Keui.—Barrio israelita, situado en la orilla de Cuerno de Oro correspondiente al lado de Pera.

Iconostasio. — Especie de inmenso retablo que separa en los templos griegos, el altar del sitio reservado á los fieles, y que tiene una gran puerta central, que cerrándose, oculta al celebrante al tiempo de la consagración.

Imam.—Funcionario del clero islamita.

Joven Turquía.—Partido progresista del Imperio que pretende europeizarlo, y, objeto de las persecuciones de la Sublime Puerta, tiene en París su Comité central, y es muy temido por el Sultán.

Kadinas.—Señoras del harén.

Kalender. – Apacible rada de la costa europea del Bósforo, situada entre los pueblos de Terapia y Yeni-

keui, donde hay establecido un merendero muy frecuentado por la sociedad europea, griega y armenia en las tardes de verano.

Karagueutz.—Polichinela turco que derrocha chistes de un obsceno cinismo en una especie de Guignol muy frecuentado por los turcos.

Kuskundju.—Pueblecillo de la costa asiática del Bósforo, situado entre Escutari y Beylerbey, donde tiene su residencia el Gran Pontífice de los hebreos.

Lucum.—Dulce muy apreciado en Turquía. El más característico está hecho con esencia de rosa, y donde mejor se sazona es en Sira.

Maksoura.—Tribuna custodiada por espesas y doradas celosías, y que existe en todas las mezquitas, reservada al Sultán.

Mastika.—Bebida espirituosa muy estimada por turcos y griegos.

Mezquita Osmana.—Edificada en recuerdo de Osman á las puertas mismas del Gran Bazar.

Monte Gigante.—Gran monte situado en la costa asiática del Bósforo, cerca de la embocadura del Mar Negro, en frente de la residencia diplomática veraniega de Buyukdere. A su falda hay un torreón genovés

en ruinas; y la tradición israelita enseña que en su cumbre se cavó la tumba de Josué.

Muezin.—Almuédano.

Muftí.—Jurisconsulto musulmán.

Narghilé.—Aparato que usan mucho para fumar los musulmanes. Es una especie de botella de cristal llena hasta la mitad de agua, por la cual pasa el humo que produce la combustión del tabaco situado en el cuello de la botella sobre carbones encendidos y cuyo humo se aspira por un largo tubo de goma ó de caucho.

Nitcham Tach. Barrio turco situado en la parte europea de la ciudad de Constantinopla, llamado Pera, en el cual viven altos personajes, sin duda por su proximidad á los palacios de Dolma Baggé, Tcheragan y Yildiz.

Orta Kapu.—Puerta Central. Es donde se supone que cayó muerto Constantino Paléologo, último Emperador Bizantino.

Padischah.—Así designan los turcos al Sultán.

Pera.—Barrio de Constantinopla habitado por los europeos y por los súbditos cristianos del Sultán.

Pilaf.—Arroz a la turca.

Pope.—Sacerdote griego.

Prinkipo.—La más importante de las islas llamadas de los Príncipes, sitas en el Golfo de Ismit, casi á la entrada del Bósforo, y residencia primaveral muy frecuentada por los extranjeros y por los indígenas de todas religiones, aunque más por los griegos.

Ramadán.—Especie de cuaresma musulmana que impone á los creyentes el ayuno más riguroso desde la salida hasta la puesta del sol.

Rayah.—Súbdito turco de religión cristiana.

Rumeli-Hisar.—Torre de Rumelia. Supónese edificada por Mahomet el Conquistador, y á sus pies hay un cementerio turco muy venerado por los otomanos, porque encierra las cenizas de los muertos en la expugnación de Constantinopla.

Saf.—Recipiente en que se toma el café turco.

Santa Sofía.—Soberbio templo bizantino de la época de Justiniano. Las naves laterales del gineceo están sostenidas por monumentales columnas de serpentina verde que se suponen oriundas del Templo de Diana en Éfeso. Cuando Mahomet II entró al asalto en Constantinopla, los últimos cristianos se refugiaron en la gran Basílica y el Conquistador penetró en el sagrado recinto á caballo, hollando montañas de cadáveres y blandiendo el alfanje. Hubo un momento,

según la tradición refiere, en que fatigado de matar el Kalifa, apoyó la mano ensangrentada en una de las pilastras de mármol blanco que decoran los muros del templo. La huella de la mano vencedora se ve todavía en el lugar que dice la fábula, algo desvanecida por el paso de los siglos.

Sebil. - Cisterna en que conservan los turcos fresca el agua, muy parecida á los aljibes que dejaron los moros en España.

Selamlik.—Ceremonia que tiene lugar todos los viernes del año y que consiste en la visita del Sultán á la Mezquita Hamidié, situada en frente del Palacio de Yildiz, á las doce del día, aclamado por las tropas que forman en la carrera.

Sepulcro de Alejandro.—Soberbia obra de arte labrada en mármol que se conserva en el Museo del Viejo Serrallo. Hállase exornada por bajo-relieves que representan lides de la época del héroe macedonio; pero se duda de que haya encerrado alguna vez las cenizas del glorioso Conquistador.

Serrallo.—En turco «Serai», quiere decir, en general, vivienda; es lo que para los ingleses el «home». El Viejo Serrallo es un inmenso recinto, albergue de los Sultanes de Estambul hasta el tiempo del Sultán

Mahamud llamado el Reformador, que trasladó el primero la residencia imperial al otro lado del Cuerno de Oro.

Siete Torres.—Antigua prisión de Estado, especie de Bastilla musulmana y teatro de terribles tragedias, hoy casi en ruinas.

Softa.—Individuo estudiante en Teología ó versado en esta ciencia.

Sultana Validé.—Sultana favorita.

Talika.—Especie de diabla arrastrada por un pequeño caballo muy usada en los pueblos de la orilla del Bósforo.

Tcheragan.—Palacio Imperial situado, como el de Dolma Baggé, en la costa europea del Bósforo, un poco más allá de éste, y que sirve de prisión al hermano mayor del actual Soberano, que ocupó breves días el Trono bajo el nombre de Amurat V.

Tchesmé.—Fuente.

Teké.—Especie de convento musulmán residencia de los Derviches.

Terapia.—Pueblecillo de la costa europea del Bósforo, ya próximo á la embocadura del Mar Negro, punto de reunión en otro tiempo, durante el estío, de los Príncipes del Fanar; y hoy del Cuerpo diplomá-

tico, pues, á excepción de España, Rusia y Austria, que la tienen en Buyukdere, han erigido allí su residencia todos los Embajadores europeos.

Tespik.—Especie de rosario turco, compuesto de 33 ó de 99 cuentas, que pasan febriles los musulmanes en las largas horas de ayuno del Ramadán, invocando las múltiples advocaciones de Alá; y que por entretenimiento manosean también los *rayahs* y no pocos *francos*.

Tombeki. -Nombre del tabaco que fuman en el Narghilé los turcos.

Top-Hané.—Sede de la Maestranza de Artillería que contiene un pabellón muy barroco, donde á veces se celebran conferencias entre los delegados del Sultán y los Embajadores europeos. Allí tiene lugar también el mercado clandestino de esclavas.

Toura.—Sentencia del Korán puesta á guisa de escudo nobiliario en las casas musulmanas.

Ulema.—Alto dignatario del clero musulmán.

Yachmak.—Velo de finísimo tul con que se tapan el rostro hasta los ojos las damas otomanas.

Yalí.—Residencia de verano cuyos cimientos están bañados por las aguas del Bósforo.

Yanghem Var.— Expresión turca que literalmente traducida quiere decir: ¡Hay Fuego!

Yildiz.—Quiere decir Estrella; y es el nombre de la actual residencia del Sultán, que se encuentra situada en la cumbre de un cerro altísimo, á cuya falda se levantan, bañados por el Bósforo, los Palacios Imperiales de Dolma-Baggé y de Tcheragan.

ÍNDICE

INDICE

Páginas

PAISAJES

IMPRESIONES

FE DE ERRATAS

FE DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
33	14	eme gen	emergen
47	16	cuerno	Cuerno
76	9	Abigarrados grupos de tapadas mujeres	En bigarrados grupos las tapadas mujeres
78	6	exámines	exánimes
89	13	apagado	apagados
98	10	anuncian	anuncia una
115	epígrafe	Capu	Kapu
140	2	los morados	en los morados
154	11	extranjeros	extranjeros,
162	4	as	las



